

## CAPITULO XCII <sup>(1)</sup>

SIGUE EL RESUMEN HISTÓRICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DESDE 1881  
HASTA LA CONCLUSIÓN DEL SIGLO XIX.

Victor Balaguer y los Juegos Florales. — Maestros en Gay Saber. — Leopoldo Rius y Llosellas. — Fastenrath. — Eduardo Benot. — José Heriberto García de Quevedo. — Salvador Bermúdez de Castro. — Nicomedes Pastor Díaz. — Juan Donoso Cortés. — Luis Vidart. — Traductores notables. — Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste. — Don Juan Guillén Buzarán. — Baltasar Lirola. — Juan Florán. — Duque de Frias. — Conde de Güendulain. — Rafael M.<sup>a</sup> Baralt. — Enrique Ramirez de Saavedra. — José M.<sup>a</sup> de Martorell. — Antonio de los Ríos Rosas. — Emilio García de Olloqui. — Joaquín José Cervino. — José García. — Conde de Reparaz. — Luciano García. — Julio Alarcón. — Angel M.<sup>a</sup> Dacarrete. — Amós Escalante. — Fernando Velarde. — Casimiro del Collado. — Menéndez Pelayo.

Pues acabamos de hablar en el anterior capítulo dedicado á esta materia de los poetas lemosinos que escribieron en castellano sus obras, justo parece que empecemos ahora citando el glorioso nombre del más ferviente y decidido propagador de la literatura catalana, quien más que nadie contribuyó á su triunfo y enaltecimiento. Nos referimos á don Víctor Balaguer.

«Los Juegos Florales, — decía el gran propagandista, — en el solemne acto de fraternidad literaria, celebrado en Barcelona en Mayo de 1868, con asistencia de todos los poetas catalanes; de los castellanos, representados por D. José Zorrilla, D. Ventura Ruiz Aguilera y D. Gaspar Núñez de Arce, y de los provenzales, representados por Federico Mistral, el príncipe Bonaparte Wyse y Luis Roumieux. — Los Juegos



Joaquín Rubió Ors.

(1) Véase el capítulo LXXXII.



Jerónimo Rosselló.

Florales, digase lo que se quiera en contra, son los que han dado vida á la moderna literatura catalana. Sin ellos, el movimiento literario que hoy fija la atención de la Europa ilustrada, no habría de seguro existido.

Muchos son los poetas que vienen aquí á luchar para conseguir los premios y el título de maestro, y cada año aumentan en proporción considerable las composiciones presentadas al certamen.

Hoy existen poetas catalanes, prensa periódica catalana, prosistas catalanes. Hoy se escriben en nuestra lengua historias, poesías, novelas, dramas, comedias, artículos y periódicos. Hoy existe teatro catalán, un teatro completo, que ha nacido después de la institución de los Juegos Flo-

rales, un teatro que atrae un público escogido y numeroso, que tiene desde el drama histórico á la comedia ligera y á la pieza de circunstancias; un teatro que no lo tienen naciones como Bélgica, Portugal y Suiza. Y esto es obra sólo de diez años. »

Con legítimo orgullo podía expresarse así Balaguer. Recordemos algunos hechos. La restauración de los Juegos Florales en Barcelona se efectuó en 1859. Iniciáronla y la llevaron á cabo siete distinguidos escritores: Milá y Fontanals, Rubió y Ors, Balaguer, Cortada, Amer, Pons y Gallarza y Bofarull. Este último y Balaguer fueron el alma de todo. Obra y redacción de ellos fueron los reglamentos y estatutos, lo mismo que la organización dada al Consistorio. Quedaron elegidos, Bofarull para secretario, y Balaguer para llevar la voz del Consistorio en el discurso de gracias el día de la fiesta. La presidencia del jurado se adjudicó al ilustre crítico don Manuel Milá y Fontanals. Desde que fué creada la institución de los Juegos Florales, lleva ya cincuenta años de existencia. En el transcurso de tiempo comprendido de 1861 á 1896 recibieron el glorioso título de maestros



José Luis Pons y Gallarza.

en Gay Saber, por haber ganado los tres primeros premios de reglamento, siendo proclamados:

D. Víctor Balaguer . . . . .	1861	D. Angel Guimerá . . . . .	1877
D. Jerónimo Roselló . . . . .	1862	D. Dámaso Calvet . . . . .	1878
D. Joaquín Rubió y Ors . . . . .	1863	D. Jacinto Verdaguer . . . . .	1880
D. Mariano Aguiló. . . . .	1866	D. José Franquesa. . . . .	1883
D. José Luis Pons y Gallarza .	1867	D. Ramón Picó . . . . .	1885
D. Adolfo Blanch . . . . .	1868	D. Terencio Thos y Codina. .	1887
D. Francisco Pelayo Briz . . .	1869	D. Joaquín Riera y Bertrán .	1890
D. Jaime Collell. . . . .	1871	D. Jacinto Torres y Reyetó .	1890
D. Tomás Forteza . . . . .	1873	D. José Martí y Folguera . .	1892
D. Francisco Ubach . . . . .	1874	D. Fernando Aguiló . . . . .	1893
D. Federico Soler . . . . .	1875	D. Aniceto de Pagés de Puig .	1896

El señor don Ramón León Máinez, en uno de los preciosos escritos que envía anualmente para celebración de los famosos Juegos Florales de Colonia, que tanta celebridad han conseguido, dijo, en la fiesta de 1903, lo siguiente:

«¡Qué gloriosos recuerdos ha dejado don Víctor Balaguer para todos los entusiastas de la literatura provenzal y de los Juegos Florales! Hace poco más de dos años, por traicionera enfermedad, nos le arrebató la muerte; pero su nombre prestigioso no se borrará nunca de la memoria de cuantos cultivan el Gay Saber. El fué un gran maestro y un gran propagandista. ¡Bendita para siempre su memoria!

Desde su primera juventud dió pruebas elocuentes, D. Víctor, de la riqueza de su estro romántico y de sus hermosas disposiciones para cantar los ideales redentores. Su entusiasmo por la literatura provenzal era incomparable. Admiraba á sus más eminentes poetas; seducíale el sentimiento lírico de sus versos, la sencillez hechicera de las formas, la delicadeza melódica de la inspiración, aquel amor respetuoso á las damas, fuente de los más generosos actos y de las empresas más arduas, aquel cariño ferviente por la libertad y aquel afecto sagrado á la patria que les hacía tan originales y tan fuertes para luchar por el triunfo de la verdad y del bien, á



Adolfo Blanch y Cortada.



Francisco Pelay Briz.

pesar de los contratiempos suscitados por las pasiones y las injusticias de los hombres.»

Para la difusión de sus adoradas ideas, fué siempre joven Balaguer. Lo mismo en los vehementes arrebatos de la adolescencia que en la plenitud reflexiva de los años y en la plácida tranquilidad de la vejez, su pluma estuvo constantemente dispuesta para historiar ó enaltecer la poesía predilecta de su estimación. Su *Historia de los trovadores*, que tan justa fama dió á Balaguer en España y en toda Europa, es obra magnífica de crítica y erudición, una de las más completas que se han escrito en su género, y donde con más grata y perfecta enseñanza pueden estudiarse los diversos aspectos, faces y períodos de aquella po-

tente manifestación literaria, tan popular, tan interesante siempre, tan llena de novedad y seducción. El profundo análisis que hace con excelente método y gusto artístico, comunica á su trabajo valor estético inestimable; de tal modo, que no se puede desear más, ni en alcance y rectitud de criterio, ni en amplitud de información y atinada perspicacia investigadora.

Cuán íntimamente estaba compenetrada su alma con el cultivo de las bellas letras, lo revela el gran fervor con que á ellas se dedicó siempre, aun durante aquellos períodos de su vida en que le preocuparon, por determinados tiempos, las graves atenciones del Poder y las agitaciones tremendas de la política.

Cinco veces fué ministro, y otras muchas se entregó ardorosamente á las furiosas contiendas de los partidos. Pero aun entonces consagró todas las energías de su inteligencia á vigorizar y dar supremos esplendores al renacimiento venturoso de la literatura lemosina en Cataluña.

Aquellos certámenes poéticos de la Gaya Ciencia eran para su alma apasionada satisfacción de un anhelo intelectual nobilísimo, aspiración perenne de su voluntad, dulcedumbre inefable para su privilegiada



Tomás Forteza.



Angel Guimerá.

mente de gran poeta, de gran artista de la belleza.

A él se debió el resurgimiento artístico del antiguo Consistorio del Gay Saber en Barcelona; á él se debe la renovación de un pasado glorioso literario, con las modificaciones que aconsejaban los tiempos y los adelantos de la Crítica. A él se debe, en fin, el renacimiento de los Juegos Florales en toda España, cuyas primeras ciudades suelen celebrar todos los años esas fiestas hermosísimas con vivísimo entusiasmo y magnificencia.

Al pronunciar su discurso Balaguer en los Juegos Florales que se celebraron en Valencia, por su Ateneo, el año de 1881, trazó los moldes de la nueva marcha intelectual en que habían de inspirarse.

«Nuestra madre (dijo), es Provenza; nuestra fuente, la poesía de los trovadores; nuestra Roma, Tolosa; nuestra arte poética, el código de amor de los maestros del Gay Saber.» En cuanto á ideales, había que ser fieles también á los suyos: «la idea del amor, según los trovadores la entendían, fuente de todo lo bello y de todo lo bueno: la idea de la patria, según ellos la expresaban, sentimiento de todo lo elevado y de todo lo caballeresco: la idea de libertad, según ellos la practicaban, horror á toda vejación y á toda tiranía, odio á todo vicio y á todo monopolio, amor á todo lo puro, á todo lo justo y á todo lo noble.» Pero había que evitar á la vez todo estancamiento por dañoso. Era preciso progresar, perfeccionar la propaganda por la prensa, para difundir las enseñanzas bienhechoras.

«La literatura lemosina (fueron sus palabras, resumiendo en esta frase las distintas denominaciones que se ha dado en España á la literatura procedente de los trovadores), debe ser propagandista, como lo fué en su origen y en su cuna: debe remontar su vuelo, arrojándose resuelta, independiente y libre á devorar distancias y



Dámaso Calvet.

á salvar espacios PROPAGANDO LOS IDEALES DEL SIGLO, como fué por todas partes á propagar los del suyo la lírica de los trovadores.»

Es inmensa la producción literaria de don Víctor Balaguer. Su colección de obras más completa es la editada para sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor; monumento hermoso de patriotismo y amor á Cataluña, que conservará para siempre su memoria; 32 tomos en 4.º recordamos, sin contar otras producciones que se venden por separado. Balaguer fué fecundísimo polígrafo.

De otro escritor catalán, poco conocido entre los literatos españoles, y á quien no se ha tributado todavía el aprecio general que merece por sus labores importantísimas, hemos de hablar ahora. Nos referimos á don Leopoldo Rius y Llosellas.



Jacinto Verdager.

Su más especial predilección fué para cuanto se refería á Cervantes, á quien entrañablemente adoraba, á quien solía llamar el santo intelectual de su devoción más pura. Don León Máinez, amigo y admirador de aquel gran bibliógrafo catalán, ha dicho acerca de sus méritos:

«Dióse á leer Leopoldo Rius las obras de Cervantes, con tal fervor y cariño, que acrecentó su admiración á medida de los años. El *Quijote* fué su libro de estudio y de meditación, la Biblia de su corazón amantísimo, el estímulo más eficaz en sus desfallecimientos, la grata compensación de sus contrariedades, la plácida tranquilidad del ánimo en todas las situaciones de la vida. Aun engolfado en los negocios industriales, que ocuparon su atención por mu-

chos años, no dejaba nunca en olvido sus propósitos. Había concebido un pensamiento grandioso que con inquebrantable persistencia supo poner por obra, gloriosa para su nombre, de indiscutible valer para su patria.

Había ido adquiriendo ediciones de la maravillosa obra maestra de Cervantes, así como de sus demás producciones, desde las más raras hasta las más vulgares, desde las más hermosamente ilustradas hasta las más desprovistas de perfecciones, desde las más lujosamente impresas hasta las más toscamente estampadas, desde las más caras hasta las más económicas. Acumuló así un tesoro inestimable de reimpresiones, no sólo en lengua y dialectos españoles, sino en todos los idiomas á que se ha traducido el *Quijote* y las demás producciones del Maestro: tesoro sin igual en el mundo. Unióse á esto la incansable solicitud con

que procuraba hacerse también de todo libro, folleto, hoja suelta, periódico, memoria, discurso, documentos, copias, calcos, originales, obras antiguas ó modernas, manuscritos, apuntes, láminas, cuadros, dibujos, grabados, fotografías ú objeto artístico de cualquier clase que se relacionara con el estudio de los escritos de Cervantes, indagaciones para sus biografías ó datos interesantes para glorificación de su excelso nombre.»

Don Leopoldo Rius, hombre de férrea voluntad, que era también un literato y un crítico, que había consumido la mayor parte de su hacienda en reunir tan asombroso conjunto de raras riquezas, decidióse á emprender animoso una tarea superior á las fuerzas de un solo hombre; la composición de una obra monumental de bibliografía crítica, que sorprende y maravilla, respecto de Cervantes.

El año de 1876 trazaba el diseño de su obra por las siguientes palabras, que se publicaron en la *Crónica de los Cervantistas*: «Son muchas y muy notables las bibliografías que las naciones extranjeras han compuesto en honor y á la memoria de sus respectivos grandes Genios. El Dante, Molière, Shakespeare, Goëthe y otros han encontrado escritores que, no sólo se han ocupado en detallar punto por punto las ediciones de todas sus obras, si que también ha descrito minuciosamente las publicadas con el objeto de estudiar, discutir, analizar, comentar é ilustrar las que aquellas lumbreras de la literatura les legaron. Esto es lo que trata de hacer por Cervantes el menor y más humilde de sus admiradores.»



Terencio Thos y Codina.

El Catálogo de Rius, que lleva el título de **BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA DE LAS OBRAS DE CERVANTES**, será siempre un testimonio de su laboriosidad y un título al eterno aprecio de sus compatriotas. El año de 1895 apareció en Barcelona el primer tomo. Rius falleció, perseguido de la adversa suerte, dos años después, cuando daba la última mano á su monumental obra. El segundo tomo póstumo de su *Bibliografía* se publicó en 1899. Quedó todavía material inédito para otro volumen que trata especialmente de *Iconografía*. Dicho tercero y último tomo se imprimió, año de 1904, en Villanueva y Geltrú, bajo la inteligentísima inspección del docto escritor y jefe de la *Biblioteca Museo Balaguer*, Don Juan Oliva y Milá. Se publicó en los primeros meses de 1905 para conmemorar el tercer centenario de la aparición del *Quijote*. Tiene este tomo una biografía de don Leopoldo escrita por don Eudaldo Canibell, dignísimo director de la Biblioteca Arús, de Barcelona.

Rius es más conocido entre los bibliógrafos extranjeros que en España, donde

el hombre modesto, alejado de las luchas políticas, que trabaja sin otro anhelo que el obedecer á sus inclinaciones estudiosas, ajeno á la vanidad y sin curarse de aplausos, pasa desconocido y mal estimado generalmente.

La famosa colección cervántica de Rius, que hoy, considerablemente aumentada, ha pasado á ser propiedad del distinguido bibliófilo y jurisconsulto de Barcelona don Isidro Bonsoms, es única y sola en su clase. Es la mayor riqueza bibliográfica cervántica que se conoce, no sólo en España, sino en toda Europa y América.

«Llegará un día, ha dicho León Máinez, en que se comprenderá todo el valor del portentoso trabajo del infortunado Rius, y su nombre será entonces ensalzado á la medida de sus verdaderos méritos. ¡Pobre, tardía y única recompensa que otorgará España á aquel eminente bibliógrafo, que sacrificó hacienda, salud, reposo, posición y hasta su vida por la gloria de Cervantes!»

Sería manifiesta injusticia no mencionar en nuestra obra, con el respeto merecido, el nombre de un literato extranjero, que dedicó cuarenta años de su vida al estudio de nuestro idioma y literatura, alcanzando justa fama por sus escritos en castellano. Don Juan Fastenrath, de origen alemán, profesó siempre gran cariño á España. Vino á esta patria adoptiva de sus predilecciones, para estudiar profundamente la lengua y las costumbres. Tuvo por mentor y maestro á uno de los más famosos literatos del siglo XIX, hijo de alemán y humilde obrero en sus mocedades, don Juan Eugenio Hartzenbusch, gloria purísima de España.

Don Juan Fastenrath nació el 3 de Mayo de 1839 en la ciudad de Remscheid, situada en la provincia del Rhin, perteneciente á Prusia. Su abuelo materno estaba en relaciones comerciales con España, cuyo profundo amor hacia ella comunicó al nieto, que llegó á ser el glorioso mediador intelectual entre España y Alemania.

Desde 1847 los padres de Fastenrath trasladaron su domicilio á Colonia. Don Juan estudió el Derecho en las Universidades de Bonn, Heidelberg, Munich, París y Berlin, y en esta última recibió el título de doctor en Jurisprudencia el año de 1860.

El de 1864 estuvo por vez primera en España, «SU SEGUNDA PATRIA, como él solía decir, SU DULCINEA QUERIDÍSIMA».

Volvió de nuevo á España al año siguiente y permaneció en ella hasta fines del 69. Hablaba y escribía el español perfectamente, y escribió entonces mucho, celebrando las glorias de España en sus libros *Ramillete de romances españoles*, *Ecos de Andalucía*, *Flores de Hesperia*, *Maravillas hispalenses*, *Siemprevivas de Toledo*.

Aunque desde 1872 había escrito artículos en castellano para el periódico *El Argos*, de don Mariano Carreras y González, sus primeros ensayos literarios en español se publicaron en 1873. Titúlase el libro *Pasionarias de un alemán español*. Lleva un prólogo de Hartzenbusch.



«Después (dice el mismo Fastenrath), me dediqué á escribir las glorias de Alemania en la lengua de Castilla.» Esta extensa obra, escrita en elegante estilo y con seductor interés, honra á su autor y le coloca merecidamente entre los más distinguidos escritores españoles del siglo XIX. El título de la obra es *La Walhalla*. Se publicó en Madrid, en la imprenta de Rivadeneyra. Hasta 1880 se dieron á la estampa seis tomos en 8.º, de más de 500 páginas cada uno. Más de otros seis deja inéditos.

En *El Correo*, de Paris, y en *La Epoca*, de Madrid, publicó numerosos artículos en castellano. Su hermosa colaboración literaria en la *Ilustración Española y Americana*, bien conocida es de todas las personas estudiosas.

Muchos literatos ó poetas ilustres vieron traducidas maravillosamente al alemán sus mejores producciones: Ruiz Aguilera, su *Leyenda de noche buena*; don Juan Valera, *Pepita Jiménez*; don Gaspar Núñez de Arce, *La visión de Fray Martín*; don José Echegaray, *En el seno de la muerte* y *La esposa del vengador*; Zorrilla, *Don Juan Tenorio*; Tamayo y Baus, *Un drama nuevo*; don Víctor Balaguer, su trilogía *Los Pirineos*, sin otras infinitas traducciones que en estos momentos no recordamos.

Como testigo ocular del Centenario de Calderón, escribió dos libros en alemán acerca del autor de *La vida es sueño*, y como testigo también del Centenario de Colón, publicó estudios acerca del descubridor de América, y tradujo al alemán las principales composiciones españolas que se escribieron en honor de su inmortal memoria.

El año de 1883 contrajo Fastenrath matrimonio con la hermosa joven y poetisa de Hungría, Luisa Goldmann, tan admiradora de España como su insigne esposo. Cuatro viajes hicieron para estudiar sus antigüedades y cultivar su amistad con tantos escritores como les estimaban por sus talentos y sus trabajos hispanófilos.

Cádiz tributó á los esposos un homenaje de respeto. Dió el Ateneo, en honor de Fastenrath, una velada, á la que asistió inmensa concurrencia.

El año de 1888 conoció Fastenrath, en Barcelona, al restaurador de los Juegos Florales en la ciudad condal, don Joaquín Rubió y Ors. En 1890 publicó Fastenrath un *Florilegio* de poesías catalanas del siglo XIX, traducidas al alemán.

Fué precisamente aquel mismo año, mantenedor de los Juegos Florales que se celebraron en Barcelona, el señor Rubió y Ors, el cual invitó para presenciarlos á Fastenrath y su señora.



Juan Fastenrath.

Rubió y Ors, al saludar al sabio alemán, le dijo: — No podemos proclamar á usted rey, en recompensa de lo que ha hecho en pro de las letras catalanas; pero si aclamaremos á su señora como reina de nuestros *Jochs Florals*.

Y, en efecto, la señora de Fastenrath subió al trono de flores erigido en la Lonja de la ciudad condal, y aquella adorable fiesta de la poesía los encantó sobremanera, dejando en su memoria impresión profunda y perdurable.



Joaquín Riera y Bertrán.

Siendo el doctor Fastenrath, desde 1893, presidente de la Sociedad Literaria de Colonia, al celebrarse el primer lustro, en 1898, resolvió instituir, en unión de la Sociedad, los Juegos Florales, según el modelo de Barcelona.

Las fiestas de Colonia, que se verifican en la primera semana de Mayo, tienen por teatro una de las fábricas más poéticas de Alemania, el medioeval Gürzenich.

Con predilección entusiasta ha sido siempre favorecida la fiesta coloñesa por los vates castellanos, valencianos y catalanes. Sus más inspirados poetas han cantado á las hermosas reinas del Gay Saber, en Colonia.

Como prueba de gran confraternidad literaria, puede recordarse que poetas provenzales, catalanes y valencianos, han traducido á su lengua composiciones premiadas en los Juegos de Colonia, en los que son amorosamente enaltecidos los más ilustres vates de la Provenza, Valencia y Cataluña. Precisamente en los celebrados en 1907, obtuvo uno de los primeros premios el insigne poeta valenciano don Teodoro Llorente.

Mayores y más fervientes demostraciones de amor y de compañerismo mediaron todavía entre los escritores alemanes y españoles en los Juegos Florales de Colonia de 1905, cuando todos, impulsados por un mismo sublime pensamiento, acudieron á la noble invitación de Fastenrath para celebrar juntos la gloria de dos genios universalmente superiores é inmortales en la historia de la Humanidad: *Schiller y Cervantes*.

Y setenta literatos alemanes enviaron entonces, por mediación del mismo Fastenrath, al señor León Máinez, como biógrafo de Cervantes, otros tantos pensamientos en que expresaban su profunda admiración al peregrino autor del *Quijote*, en los mismos momentos que se efectuaban las fiestas del Centenario en la ciudad de Alcalá de Henares.

Cada *Anuario* de los Juegos Florales de Colonia, que forma un tomo en 4.º fran-

cés de más de 500 páginas, resulta verdaderamente una joya literaria y artística.

Uno de los últimos manuscritos del señor Fastenrath, escrito en español, lo conserva el señor Máinez, su gran admirador y amigo del alma. Al mandarle Fastenrath el *Anuario* noveno de la fiesta de Colonia el 7 de Enero de 1908, decíale en una tarjeta lo siguiente: «Me complace en recordarle que el día 3 de Mayo celebramos por décima vez en ésta los Juegos Florales. ¿Quiere usted enviarme para el décimo *Anuario* un artículo sobre nuestro inolvidable Benot, como literato? Un abrazo de su invariable admirador, Juan Fastenrath.»

El gran hispanófilo no pudo realizar sus nuevas generosísimas esperanzas. La muerte le arrebató al cariño de su esposa y á la admiración de sus infinitos amigos en el mes de Abril del mismo 1908.

Don Eduardo Benot y Rodríguez, hijo de familia pobre, que nació en Cádiz en 1822 y murió en Madrid el 27 de Julio de 1907, ha dejado nombre tan esclarecido que no bastaría un extenso tomo para escribir su biografía.

Muy estudioso desde su niñez, él fué su propio maestro, y se abrió camino para ascender y ser estimado por sus mismos méritos.

Perfeccionó sus estudios de primera y segunda enseñanza en el célebre Colegio (mejor debió llamarse modelo de Universidades), que se había creado en Cádiz con el nombre de San Felipe, bajo la dirección del literato de mayor renombre en su tiempo, el sabio humanista é inspirado poeta don Alberto Lista, de quien hemos hablado en lugar oportuno con los encomios debidos.

Catedrático Benot de Filosofía desde que ascendió el doctor Arbolé y Acaso á la silla episcopal de Guadix y Baeza, fué desde 1850 Director del Colegio, que aumentó su importancia y crédito.

Benot hizo de San Felipe un Centro nacional de educación y cultura, tan en consonancia con los adelantos del siglo, que los padres preferían la enseñanza que allí se daba, como más conveniente para el bien de sus hijos. El estudio de idiomas extranjeros y los estudios científicos superaban á todo lo conocido entonces en las Universidades españolas, y podían sólo tener parecido en los centros de enseñanza superior de otros países. Compréndese así la gran afluencia de discípulos que acudían á San Felipe, no sólo de toda España, sino de nuestras posiciones de América y Filipinas, y aun de las mismas repúblicas creadas por la extincion de los antiguos virreinos.



Aniceto de Pagés de Puig.

De las excelentes disposiciones para la poesía dió Benot siempre fecundas muestras. Era poeta de gran inspiración, aunque con su modestia habitual lo negó siempre. Pero sus amigos y admiradores le instaron con muy buen acuerdo á que hiciera públicos los muchos originales que tenía archivados, como labores seductoras de momentos felices en que creó composiciones inestimables. Cavestany, en un hermoso discurso pronunciado en alabanza del gran literato, enaltece su verdadero genio poético. Aquel hombre admirable fué siempre excelso poeta. Lo demuestran á cada momento sus actos de abnegación, sus altas ideas, su magnanimidad de sentimientos, sus delicadezas de expresión, su amor á los pobres, su cariño consolador para los esclavos y los oprimidos, su magnificencia soberana en el pensar y en el compadecer. Hombre tan universal por sus puros amores á la humanidad entera, su espíritu estaba abierto á las concepciones más sublimes.

Modelo de poesía lírica es la que se titula *Región*.

Nací en Cádiz la espléndida,  
Joyel de Andalucía,  
Donde es azul la atmósfera,  
Serenos y claro el día,  
La tarde de oro y púrpura,  
La noche de astros mil.

Al alba, en el crepúsculo,  
Yo ansiaba ver las flores  
Vertiendo de sus cálices  
Delicias en colores,  
Y dando en tenues átomos  
Aromas al Abril.

El sol fulgura, y múltiples  
Chispean en la fronda  
Con luces intensísimas  
Diamantes de Golconda,  
Que azul irradian y ópalo  
Con fuegos de arrebol.

Por rara metamorfosis,  
Las gotas de rocío  
Se irisan en los pétalos,  
Cual púdico atavío  
De novias y de vírgenes  
Besadas por el sol.

Yo ansiaba el espectáculo  
Gozar del sol poniente,  
Por ver al disco fúlgido  
Flotar en oro ardiente,  
Y en púrpura magnífica  
Cual ascua descender.

Yo vi terribles cráteres  
En negros promontorios,  
Y espejos en las cúspides  
De púrpuros ustorios,  
Tratando con sus ráfagas  
Las costas de encender.

El árbol tiene rítmicos  
Eróticos murmullos;  
Las voces de los céfros  
Idílicos arrullos,  
Y entonan fieros cánticos  
Las olas de la mar.

Aquí admiran en éxtasis  
Bellezas los sentidos;  
Los ojos formas plácidas;  
Cantares los oídos;  
Que luz mi tierra y rítmica  
Se place en derrochar.

Tal vez fingen alcázares  
Las nubes en la altura,  
Con torres de cáótica  
Gigante arquitectura,  
Que forman como un dédalo  
Velado en claro tul.

A veces pulpos hórridos  
Se cruzan con serpientes,  
Y enredan los tentáculos  
Con uñas y con dientes  
De monstruos que el espíritu  
Se forja en el azul.

Al fin, tronando anárquicas,  
Embisten las tormentas;  
Las olas piden víctimas,  
Encréspanse violentas,  
Y es vano de sus ímpetus  
La furia resistir.

En hórrida caligine  
Su faz el sol oculta;  
Descuájense los árboles;  
Sus márgenes sepulta  
Con gritos el mar lúgubres;  
Y el mar parece hervir.

¿Por qué, rocío fúlgido,  
Te finges pedrería?  
¿Por qué, sol, ese escándalo  
De luz y argentería,  
Con tanto brillo efímero  
Sin nada de real?  
Créar quiero en dos pléyades  
Poetas y pintores;  
Porque esos cuadros célicos  
De luz y de colores,  
Engendran la recóndita  
Noción de lo ideal.

Así yo vivo en cármenes  
De luz y colorido:  
Cual va al Norte la brújula,  
Yo voy donde he nacido,  
Girando siempre en piélagos  
De luz y de color.

Nacer me vió la espléndida  
Región de Andalucía,  
Donde es azul la atmósfera  
Y alegre y claro el día:  
Por eso hablo en imágenes,  
Por eso soy pintor.

Así, región diáfana,  
Yo soy lo que me has hecho;  
Tu sol es quien los gérmenes  
Anima de mi pecho,  
Y el sol y el mar cual númenes  
Por siempre he de adorar.  
Aquí admiran estáticos  
Bellezas los sentidos,  
Los ojos formas plácidas,  
Cantares los oídos;  
Que luz mi tierra y rítmica  
Se place en derrochar.

Yo, el hijo de estas márgenes,  
Derrocho cuanto heredo:  
Si no me véis más pródigo,  
Decid que más no puedo:  
Por eso soy fantástico,  
Poeta y soñador.

Nací en Cádiz la espléndida,  
Joyel de Andalucía,  
Donde hay azul atmósfera  
Y alegre y claro día,...  
Por eso hablo en imágenes,  
Por eso soy cantor.

Su extraordinaria fecundidad como uno de los primeros intelectuales que tuvo España en el siglo XIX, queda bien demostrada con la enumeración de sus más conocidas obras.

Además de sus Gramáticas francesa, inglesa, italiana, alemana, y la que ha dejado inédita sobre la lengua de Castilla, merecen detenido estudio y consulta, los siguientes libros:

*Breves apuntes sobre los casos y las oraciones*, preparatorios para el estudio de las Lenguas; *Examen crítico de la acentuación castellana*; *Gramática general*; *Arquitectura de las Lenguas*; *Prosodia castellana*; *Versificación por pies métricos*; *Diccionario de asonantes y consonantes*; *Diccionario de ideas afines*; *Discurso de recepción en la Academia Española: ¿Qué es hablar?*; *Estudio crítico acerca de la vida y obras de Shakespeare*; *Estudio crítico sobre la colección de sainetes de Ricardo de la Vega*; *Estudio sobre la colección de sainetes de Javier de Burgos*; *Cuadros sinópticos de Psicología, Crítica, Metodología y Dialéctica*; *Errores en materia de educación*; *Errores en los libros de Matemáticas*; *Movilización de la fuerza del mar* (obra que premió y publicó la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales); *Aritmética general*; *Temas varios sobre problemas de Ciencias Naturales*; *En el umbral de la Ciencia*; *Discurso pronunciado [en el Ateneo de Madrid en elogio de Don Alberto Lista*; *España* (colección de poesías); *Estudio acerca de Cervantes y el Quijote*.

Ha dejado dispuestos para la stampa más de 10 tomos de poesías de toda su vida y algunos trabajos de índole política y social.

*Semblanzas políticas y literarias de Fernando Garrido, Marqués de Orense, Sorní y D. Francisco Pi y Margall.*

Como hombre político de gran notoriedad, fué ministro de Fomento, durante la República, en 1873. Para su gloria, debe recordarse que fué el primer ministro en España que dió leyes favorables á las clases jornaleras. Redimir al obrero de la esclavitud del salario y libertarlo de la tiranía del capital, fueron vehementes anhelos de su alma. Por eso tiene entonaciones supremas de reivindicación su hermosa labor poética en alabanza de los desheredados. En este orden de composiciones descuella de manera soberana: es un poeta social de altos vuelos, el más genial entre todos los españoles, el más original, el más humano.

¡Legión de proletarios! Por ti la pluma esgrimo  
 Más fuerte que la espada que pueda yo esgrimir!  
 Mi pluma tenga rayos de ideas redentoras,  
 Que ¡oh pueblo! las ideas te habrán de redimir.

Yo canto lo invisible; yo adoro lo impalpable;  
 El cambio en las creencias; la interna Evolución;  
 Lo que hace amar lo justo, primero perseguido,  
 Y al fin que lo brillante la luz de la Razón.

Si véis que cae por tierra pedazos hecho un tronco,  
 Sabed que no lo barre la furia del motín:  
 Creed que lo derriban ideas invisibles;  
 Que á un trono las ideas tan sólo ponen fin.

Si véis que audaz martillo de brazo iconoclasta  
 Golpéa furibundo la base de un altar,  
 Creed que tradiciones percute sin prestigios,  
 Y que una noble idea le impulsa á derribar.

Tres lustros hace apenas que todos los gobiernos  
 LA FIESTA DEL TRABAJO quisieron suspender,  
 Y á lanzas y fusiles, ¡legiones proletarias!,  
 Ideas solamente supisteis oponer.

Y más que los fusiles pudieron las ideas,  
 Que hicieron, sin ser vistas, inútil la agresión.  
 Triunfásteis, proletarios, con sólo lo invisible,  
 Que puso á vuestras plantas el mauser y el cañón.

Pelea por vosotros la fuerza incontrastable  
 Que, oculta en las conciencias, se rinde á la verdad,  
 Que clama por justicia, y asiste á los dolores  
 Que sufre con vosotros la triste Humanidad.

Cantemos lo invisible, cantemos lo impalpable,  
 El cambio en las creencias, la interna Evolución,  
 Lo que hace que una idea, primero perseguida,  
 Fulgure al fin triunfante con luz de Redención.

Las sublimes aspiraciones de aquel gran bienhechor de los trabajadores están sintetizadas en estos incomparables versos:

¿Es justo que la hartura mendrugos ni aun ofrezca  
 A tanto y tanto niño que hambrientos siempre están?  
 ¿Vivir podéis ¡oh ricos!, sin lástima siquiera  
 De tanta y tanta madre que ven días sin pan?  
 Dirige esos tus ojos, ¡oh España!, á los que sufren,  
 Alivia sus dolores, conságrales tu amor:  
 Dirige sus esfuerzos, y piensa que algún día  
 Serán hijos del mundo los hijos del dolor.

Antes de la gran revolución social de 1848 había venido á España un escritor y poeta americano, que luego se dió á notar mucho, don José Heriberto García de Quevedo. Colaboró con don José Zorrilla en algunas obras. Era muy soñador y participaba de los optimismos que propagó cándidamente en Italia Vicente Gioberti, quien buenamente creía haber sonado la hora de la independencia y libertad de Italia. Lo que pretendía Gioberti, como observa muy bien nuestro gran Valera, eran ensueños parecidos á los que en los coros de sus tragedias y en sus *Himnos sacros*, había expresado Manzoni; la estrecha y santa alianza del Catolicismo y del espíritu del siglo purificado. La independencia y la libertad de Italia debían lograrse por la confederación de sus príncipes con el Padre Santo á la cabeza. Pío IX eclipsaría la gloria de Alejandro III. La victoria de Italia arrojando de su seno á los bárbaros, sería más brillante y completa que los triunfos de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja. Todo ello ejercería influjo trascendente y benéfico sobre los pueblos de raza latina, que se sobrepondrían de nuevo á los pueblos del Norte.

«La civilización, extraviada desde la reforma de Lutero, volvería á tomar el camino recto, clásico, romano y católico. Hasta la filosofía, que desde Descartes á la extrema izquierda de Hegel había ido cayendo en hondos errores, sensualistas, materialistas, panteístas y antiteístas, acabaría por regenerarse bebiendo su alta inspiración en manantiales ortodoxos. Todas estas ideas, vertidas en las obras de Gioberti, penetraron con más ó menos vaguedad y confusión en la mente de muchos italianos y aun en la de no pocos extranjeros y les hicieron esperar y pronosticar un porvenir dichoso.»

Todos aquéllos eran sueños. Los hechos lo demostraron. El Papa temió que la Revolución le aplastara. Intentó demorar su violencia y se enajenó la voluntad popular. Su ministro Rossi fué asesinado. El Papa huyó á Gaeta, no considerándose seguro en Roma, donde se proclamó la República.

España contribuyó con sus tropas, lo mismo que otras naciones, á restablecer al Papa en su trono. El poder temporal de los Papas siguió viviendo aún algunos años desprestigiado y moribundo.

La poesía de Heriberto García de Quevedo á Pío IX, es una composición de espléndida é inspirada forma.

Copiaremos algunas de sus estrofas.

Tal contra el soberano  
 Impulso que en tu amor al pueblo diste,  
 El mundo entero se opusiera en vano;  
 Que es misión que del cielo recibiste.  
 ¡Sigue, señor, impávido;  
 No te arredre la lid, sigue adelante!  
 ¿Qué temes á los déspotas,  
 Si pugna en tu favor el sumo Atlante?  
 De estragos y rencores  
 El tiempo fué. — La lucha encarnizada  
 Del pueblo y sus cobardes opresores

Finará maldecida y execrada:  
 En vez del casco férreo  
 De los Julios, tu frente encanecida  
 Defienda el santo Lábaro,  
 Signo de redención y eterna vida!  
 Que el Salvador divino,  
 De luto y sangre, y de rencor y guerra,  
 No infausto nuncio al universo vivo,  
 Sino de amor y paz nuncio á la tierra;  
 Y cuando allá del Gólgota  
 Le vió expirar la maldecida cumbre,

Rindió el divino espíritu  
 Entre acentos de amor y mansedumbre!  
 Hombres de entrambos mundos,  
 ¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta  
 Y rica en bienes de virtud fecundos  
 De la alma libertad la egregia planta!  
 ¡Ved cuál ocultan trémulos  
 Los tiranos la torva faz impía  
 Al ver el astro présago  
 De la paz y la unión y la alegría  
 Y tú, Príncipe augusto,  
 Padre del pueblo, sacerdote santo;  
 Tú, que la gloria cifras en ser justo  
 Y enjugar de tus súbditos el llanto:  
 ¿Al corazón magnánimo  
 Ya qué le falta para ser dichoso?  
 Ver en su amor al ítalo  
 Libre y feliz, y grande y poderoso!...  
 Y lo será. — Ya leo  
 Del hondo porvenir en los arcanos;  
 En solo un pueblo ante mis ojos veo

Los numerosos pueblos italianos:  
 Unido al de Parthénope  
 El romano y lombardo y el de Etruria,  
 Y el piamontés intrépido,  
 Y el navegante audaz de la Liguria!  
 De bárbaros confines  
 Veo acudir millares de paganos,  
 Acatando de Dios los altos fines,  
 A adjuar sus errores en tus manos.  
 « ¡Aqueste es el Pontífice  
 Del verdadero Dios; su fe es la santa! »  
 En inefable júbilo  
 Postrados clamarán ante tu planta.  
 ¿Y á cuál más pura gloria  
 Pudo aspirar en su ambición el hombre?  
 En el inmenso libro de la Historia  
 ¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?  
 La gloria, cual relámpago,  
 Cae del tiempo en el bátrato profundo;  
 Pero tu fama altísima  
 Vivirá tantos siglos como el mundo.

En 1883 murió un poeta que se hizo muy famoso desde el tiempo del romanticismo: don Salvador Bermúdez de Castro, que se distinguió por su pesimista manera de ver las cosas. Abandonó después la versificación y dedicóse á la política, donde disfrutó de consideración, gracias á su talento y á sus méritos sobresalientes como diplomático. Era indudablemente hombre de mucho valer, ilustrado, discreto y fácil orador, aficionado á los estudios de erudición y á las investigaciones históricas.

La experiencia le hizo modificar después sus pesimismoes juveniles. La duda le había llevado á la negación casi absoluta de la creencia en Dios, adelantándose desde el año 35 en sus afirmaciones y desconfianzas á Tassara y á Bartrina. Bermúdez de Castro deifica á la Naturaleza como conservadora adorable de los mundos. Pero no pudo creer en el Dios de las religiones ni abrigaba esperanzas de felicidades ultramundanas. Toda ilusión metafísica se desvanecía ante su análisis.

Sus desconfianzas persistentes le abrumaban

Como del mundo la insufrible carga  
 Sobre los altos hombros del Titán.

Era un espíritu que en nada creía, ni en la libertad, traicionada y perseguida tantas veces por infamias de los políticos de su tiempo y de los sucesivos.

En vano, aquí, solitario,  
 Ruego, invoco, pienso, dudo;  
 El oráculo está mudo,  
 Y desierto el santuario.

Parecen estos versos inspiradores de aquellos otros publicados más adelante por Tassara con tan amargo pesimismo:



El mal hizo en la tierra su guarida;  
El bien no es más que idealidad suprema.

La duda pesimista más desconsoladora penetraba en todos los ánimos. Era el mal moral más contagioso de la época. Desde el comienzo del romanticismo había estado de moda. Ningún pesimista tan religioso como don Nicomedes Pastor Díaz. Pero le superó en lúgubres pronósticos después don Juan Donoso Cortés, hombre singular, gran orador y escritor poético, apocalíptico mensajero de todo desastre social y político. Su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, fué obra muy perjudicial, que sembró el terror más intenso en todos los ánimos. Ante los sucesos de reivindicación social del 48, aquel espíritu doctrinario, asustado ante los hechos, creía que la humanidad caminaba al precipicio y que había que desconfiar de todos los elementos de la cultura moderna, que informaron y crearon, y aumentarán y perfeccionarán más cada vez la obra santa de la civilización universal, que se va realizando á pesar y contra las maquinaciones de cuantos, por diversos motivos, se afanan en retardarla ó impedir la. La reacción trabajó entonces mucho para alterar la marcha de los pueblos cultos; pero la vida progresiva continuó en los países libres, y donde se quisieron imponer, como en España, los principios reaccionarios, nada se consiguió positivamente, sino un fracaso permanente de los mismos conservadores recursos de que se echó mano como reconstituyentes de la felicidad de los pueblos. No se contentan ya éstos con palabras: quieren razonamientos, reformas, hechos prácticos.

Por imbecilidad de la razón humana, por error, por odio satánico contra la verdad, llegó á creer equivocadamente Donoso, que la humanidad merecía castigo y desprecio, y que sólo la gracia sobrenatural y el milagro podrían rehabilitarla y ennoblecerla. Más de sesenta años han transcurrido desde que escribía Donoso, y los principios sociales, hoy reconocidos por todos los poderes civilizadores, demuestran, y demostrarán más cada día, que eran argucias inaceptables todas las que aquel pretendido filósofo dijo.

El pesimismo, que tanto influyó en el espíritu público, mediante los principios sentados por Leopardi, por Byron y otros poetas europeos, también trascendió á España, motivando los ensayos negativos de Salvador Bermúdez de Castro á los desvaríos reaccionarios de Donoso Cortés y Aparici y Guijarro, que soñaban con la vigorización retrógrada de un sistema político y social completamente imposible, reñido con toda tentativa de reforma y mejoramiento.

Las creencias siguieron, pues, teniendo en la esfera ideal de la poesía un ambiente de negación, de obscuridad, de escasos alentadores aspectos. Aun poetas tan perspicaces como Luis Vidart, que fué al mismo tiempo uno de los periodistas más cultos con que contó España desde 1854, y también erudito de renombre y distinguido escritor, diéronse á notar por sus aberraciones pesimistas.

¡Qué dudas más amargas revela este soneto!

El dolor en mi alma permanente  
 Tan grave duda al pensamiento inspira,  
 Que ya en mi labio la palabra expira,  
 Y es sólo un ¡ay! que exhalo tristemente.  
 ¿Será el mal en la tierra omnipotente  
 Y la creencia en Dios torpe mentira?  
 A lo perfecto el hombre siempre aspira,  
 ¿Jamás se cumplirá su afán ardiente?  
 Si de mi sér la esencia misteriosa  
 En infinitas vidas transformada,  
 Nunca vencida y nunca victoriosa,  
 A eterna lucha se halla condenada;  
 Antes que esa existencia tormentosa,  
 Quiero dormir el sueño de la nada.

¡No hay Dios! clamé doliente,  
 ¡No hay Dios! el mal existe,  
 Y un átomo tan sólo de amargura  
 Eterna esencia que lo funde exige.  
 ¡No hay Dios! Leyes impías  
 Al sentimiento rigen;  
 Continuado el dolor, más y más crece,  
 Continuado el placer, el fin se extingue.  
 No en célicas promesas  
 El mortal se confie,  
 Las penas que en el mundo se padecen  
 Sello eternal en la memoria imprimen.

Como satírico dejó Vidart hermosas composiciones.

De un hipócrita dijo:

Obrando como malvado  
 Hablas como un misionero,  
 Y muchos hay que te aplauden  
 Porque son muchos los necios.

Sigue, sigue ese camino,  
 Tú no ganarás el cielo,  
 Pero la tierra es bastante  
 A tu corazón de cieno.

Fotografió á un purista en estos chistosos versos:

Gozas fama de purista  
 Y escribes páginas tales,  
 Que siempre serán famosas  
 Por su dicción elegante.

No me extraña, pues yo he visto  
 En cierto baile de trajes,  
 A un solemne majadero  
 Vestido como Cervantes.

Es muy delicada esta imitación de Becquer:

Pasará la risueña primavera,  
 Los frios del invierno llegarán,  
 Y la flor deshojada, de su tallo  
 El cierzo arrancará.

Pero mi amor, eterna primavera,  
 Nacido en el espíritu inmortal,  
 Salvando de la tumba los umbrales  
 Por siempre vivirá.

El rojo sol que en el Oriente brilla,  
 Irradiando su ardiente claridad,  
 Luego á la tarde, hundido en el ocaso  
 Su llama ocultará.

Pero la luz que irradia de tus ojos,  
 Luz más pura que el aura matinal,  
 Nunca en mi pecho encontrará su ocaso  
 Y eterna brillará.

Si la ardiente pasión del pecho mío  
 Alguna vez llegases á olvidar,  
 Si el lazo de cariño que nos une  
 Rompieses desleal:

Si acaso en un momento de extravío  
 crüel desdeñases mi amoroso afán,  
 Escucha la sentencia inexorable  
 Que cumplida verás.

Volverán del amor en tus oídos  
 Las palabras ardientes á sonar;  
 Tu corazón acaso en su delirio  
 En ese amor creará:

Pero mudo y absorto y de rodillas,  
 Como se adora al célico ideal,  
 Como yo ahora te quiero... desengañate,  
 ¡Ya nunca te querrán!

Don José Navarrete, tan conocido por algunas de sus populares novelas, elogiadas por el ilustre Alarcón, ha dejado un boceto biográfico de su gran amigo y compañero del alma, Vidart, que es muy justo copiemos.

«Siendo Luis (dice) cadete en el Alcázar de Segovia, publicaba en el periódico ilustrado *La Semana*, un artículo de costumbres y una novelita. Titulábase el primero *Reír por no llorar*, y la segunda *Por ti*. Al ascender á teniente de artillería, el año de 1854, seguía escribiendo en el *Semanario pintoresco español*, donde aparecieron con su firma (pues al principio usó de seudónimo), una novela dedicada á Fernán Caballero, con el título *Amor sin fe*, una biografía del ilustrado continuador de la *España Sagrada*, don Pedro Sainz de Baranda, y varias poesías líricas.

No satisfecho de estos ensayos literarios, guardó silencio durante diez años, que dedicó, cuando las fatigas del servicio militar se lo permitían, al estudio, con especialidad de la filosofía y de la historia, hasta el de 1864, en que dió á luz su interesante folleto titulado: *El Panteísmo germano-francés. — Apuntes críticos sobre las doctrinas filosóficas de Mr. Ernesto Renán.*»

Después publicó en diferentes periódicos multitud de artículos sobre asuntos también de filosofía. Estos trabajos se coleccionaron más tarde en un apreciado volumen, titulado *La Filosofía Española*.

En filosofía Vidart resulta ecléctico. Trata de hermanar el catolicismo y la idea liberal, siguiendo los intentos frustrados de Dupanloup, Montalembert y otros escritores de aquel tiempo.

El mérito principal que resplandece en don Luis Vidart, es el de crítico. Ha dejado muchos trabajos sobre diversos asuntos, tratados con maestría, oportunidad, buen lenguaje y galano estilo. Sus apuntes críticos acerca de la *Historia literaria de España* (1878), forman un folleto en 4.º francés, que resulta un compendio de literatura nacional, y al mismo tiempo es el proyecto del excelente y completo plan que debió seguirse en la publicación de la Biblioteca de Autores españoles, que editó don Manuel Rivadeneyra con tanta gloria.

Su obra *Letras y Armas* es un inapreciable libro, de índole bio bibliográfica, donde quedan recordados los méritos científicos con los literarios que distinguieron á muchos militares del siglo XIX.

Sus *Poetas líricos contemporáneos de Portugal*, sus *Noticias bioográficas del Comandante Villamartin*, sus *Discursos* en el Ateneo Militar, y las frecuentes controversias que sostuvo en el Ateneo de Madrid, sobre diversidad de temas, demostraron su gran cultura y amplitud de suficiencia en todos los ramos del saber, que enaltecieron su nombre con justicia.



Luis Vidart.

Pero aún fué más estimado por su labor cervántica; sus folletos sobre Cervantes, sus biógrafos, comentadores y puntos curiosos de observación, pasan de treinta, y todos tienen un mérito peculiar que los avalora.

Por eso entendemos que ha estado muy en lo justo al decir de don Luis Vidart lo siguiente el señor don Francisco Blanco García, en su *Historia de la Literatura Española en el siglo XIX*:

«Prudente, sensato y comedido, á la vez que conocedor de cuanto han dicho sobre Cervantes los autores españoles y extranjeros, tiene Luis Vidart el mérito de haber condensado en substanciosas monografías la historia, que podríamos llamar póstuma, de su héroe, y esclarecido el carácter épico del *Quijote* á la luz de las modernas clasificaciones literarias.

Infatigable en robar al olvido las glorias de la patria, Vidart las populariza en escritos ligeros de periódicos, haciéndolas llegar en esta forma á los oídos del vulgo refractario á la erudición.»

Aun en medio del entusiasmo con que se cultivaron las formas adoptadas después de triunfar el romanticismo, no por eso dejaron de rendir tributo á las composiciones de la tendencia clásica muchos apasionados de la escuela antigua. Quisieron otros crear un sistema ecléctico que llegase á armonizar los gustos diferentes. Algo de esto se consiguió en algunos géneros literarios, especialmente en el teatro.

Pero existió criterio cerrado respecto de lo clásico en determinados autores. Cuantos tradujeron obras del griego ó del latín no adoptaron en sus obras las novedades introducidas; antes bien respetaron los preceptos sancionados por el buen gusto y por la costumbre.

«El amor fecundo, dice Valera, á los clásicos de Grecia y Roma, atravesando ileso el turbulento y revolucionario período del romanticismo, ha mostrado y muestra su eficacia hasta nuestros días. De ello dan ejemplo clarísimo, entre no pocos otros poetas traductores, el Duque de Villahermosa con las *Geórgicas*; el presbítero Don Luis Herrera con la *Eneida* y, sobre todo, el sabio polígrafo Don Marcelino Menéndez y Pelayo con el *Promoteo encadenado*, de Esquilo, y otras hermosas versiones.»

Habla también el señor Valera de otro traductor moderno andaluz que ha conseguido justa fama: don Javier de León Bendicho, «que tal vez acertó á dar en nuestro idioma» —son las mismas palabras empleadas por el ilustre crítico— «y en bien construídas octavas reales, mayor mérito del que tienen en latín á *Los Argonautas*, de Valerio Flacco».

Plácidamente se había dedicado León Bendicho á sus tareas en los tranquilos campos de Almería. Tenía exquisito gusto poético y sus aficiones á los estudios históricos y críticos le favorecían para la versión emprendida. Pertenecía el poeta á la Academia sevillana de Buenas Letras y era digno correspondiente de la Academia de la historia. Había recibido su educación literaria en el seminario

matritense de Escuelas pías de San Antonio Abad. Fué su catedrático de humanidades el P. Isidro Peña de la Concepción, á cuya memoria tributó el discípulo, como homenaje de gratitud, la traducción castellana del poema latino de Valerio Flacco. La obra se publicó en 1868-69, en 3 tomos en 4.º, con notas y observaciones importantes. Dos tomos contienen la traducción y el 3.º el texto original.

Trozo magnífico de erudición y buen lenguaje forma el *Prólogo*, que es historia á la vez de gran número de traducciones en castellano — de muchos autores clásicos, latinos ó griegos — del siglo XIX.

Cita la traducción de la *Iliada*, de don José Gómez Hermosilla, «testimonio indeleble (dice) del aprovechamiento con que el docto helenista recibió las lecciones de su maestro, el sabio catedrático de San Isidro, D. Casimiro Flórez Canseco, elegante traductor también del *Sueño*, de Luciano».

Recuerda los servicios que prestaron á la literatura don Ignacio López de Ayala y don Ambrosio Rui Bamba, poniendo en castellano el primero *Los Caracteres*, de Teofrasto, y el segundo *La Economía*, de Jenofonte, y la *Historia*, de Polibio.

«Con aplicación no menos loable (añade) el bibliotecario D. Francisco Patriocio Berguizas se ocupó en la versión poética de *Píndaro*; así como D. José y don Bernabé Canga Argüelles en la de *Safo* y *Anacreonte*; tarea que más tarde acometió de nuevo, añadiendo á las poesías de los dichos los *Cantos de Tirteo* nuestro contemporáneo Castillo y Ayensa.»

No olvida al insigne políglota don José Antonio Conde, tan censurado por algunos como orientalista, que tradujo en versos castellanos á Teócrito, Anacreonte, Bión y Mosco.

Juzga notable, por su propiedad y exactitud, la traducción castellana que hizo de la *Historia*, de Herodoto, don Bartolomé Pou, y elogia la traducción que hizo del *Antiguo y Nuevo Testamento* el Padre Scio de San Miguel.

Tributa asimismo encomios á la traducción latina que dejó del *Manual*, de Epicteto, don José Ortiz y Sanz, Deán de Játiva, así como la española, con notas que efectuó de la *Vida de los filósofos griegos*, de Diógenes Laercio.

Estima que son merecedoras de honorífico recuerdo la versión de la *Poética*, de Aristóteles, por don José Goya, y la más moderna de las *Vidas paralelas*, de Plutarco, por don Antonio Ranz de Romanillos, quien, joven todavía, publicó en nuestro idioma las oraciones de Isócrates.

Don José Muso y Valiente, que murió en 1838, trabajaba en una traducción de los dramáticos griegos, que no logró ver terminada.

«Lo que la muerte impidió ejecutar (dice el discreto León Bendicho), lo acaba de poner por obra — 1868 — el distinguido é ilustrado patricio D. José Gutiérrez de la Vega; y, gracias á su protectora iniciativa, el docto filólogo D. Eduardo de Mier, presentando al público en castiza y elegante prosa castellana nueve de las tragedias de Eurípides, ha comenzado á realizar una de esas elevadas empresas, en las cuales por fortuna, como dice el mismo traductor en su noble dedica-

toria al señor Gutiérrez de la Vega, no tienen entrada nuestras deplorables discordias políticas.»

Respecto á la literatura latina, ningún clásico ha sido tan preferido de los poetas españoles como Horacio. León Bendicho recuerda con este motivo las muchas composiciones del gran vate, traducidas por ingenios de los siglos XVI y de los siguientes. Cita después á los célebres Moratín y Lista, atinados imitadores de algunas de sus obras, así como á don Francisco Martínez de la Rosa, á don Juan Gualberto González y al renombrado catedrático y filósofo don Raimundo de Miguel, traductores felices de la *Epístola* á los Pisones, código insuperable del buen gusto.

Ha descollado entre todos por los méritos singulares de sus versiones, don Javier de Burgos. Desde el año 1834 ya se incluía su traducción española en la esmerada edición políglota de Montfalcón. «Otra nueva de su citada traducción, añade el Sr. León Bendicho, dió á luz el Sr. Burgos en 1844; y las grandes reformas hechas por él en su texto y anotaciones, son brillante ejemplo de cuanto pueden valer á un hábil y fecundo escritor las lecciones de la experiencia.»

Traducciones de la *Eneida* al castellano se han hecho varias en el siglo XIX, pero incompletas en la mayor parte. Don Alberto Lista tuvo propósito de efectuarlo, pero desistió desgraciadamente del proyecto; don Ventura de la Vega tradujo el libro primero. Don Fermín de la Puente y Apecechen, los libros primero y cuarto. El sabio catedrático de literatura en los institutos de Cabra y de Sevilla, don Luis Herrera y Robles, es el que ha conseguido ofrecer una traducción más completa y estimada de la inmortal obra de Virgilio.

La traducción de *Los Argonautas*, primera en castellano, ha sido celebrada por pluma tan competente como la del primer crítico español del siglo XIX, don Juan Valera.

El autor, al dar idea de su trabajo, dijo discretamente: «Si el nombre de Valerio Flacco excita la curiosidad del público por ser de los clásicos menos conocidos, la acción del poema también, me lisonjeo, ha de captarse su agrado. Trátase de una de las primeras navegaciones emprendidas por los hombres á costas lejanas; y este suceso que, embellecido por la poesía con la historia del rapto de Medea y la conquista del vellocino de oro, abrió al comercio países entre sí distantes, siendo uno de los más notables de los siglos heroicos, y que como tal dió asunto para sus poemas á Apolonio de Rodas y á otros escritores de fama, no creo ceda en grandeza y magnificencia á ninguno de los celebrados por los cuatro ó cinco poetas épicos de primer orden que la posteridad venera.»

El poema está traducido en octavas reales, llenas de inspiración y majestad.

Bendicho era un esclarecido poeta, y su depurado gusto estético quedó bien patente en su estimadísima labor.

En las tres octavas que, para muestra de su estilo, vamos á copiar, después de invocar el vate á Apolo, dirigese al emperador Vespasiano, en cuyo tiempo floreció, y á los césares, sus hijos, Tito y Domiciano. Recuerda del primero las ex-

pediciones marítimas á Inglaterra, en las cuales le presenta más afortunado que lo había sido en su tiempo Julio César (descendiente del troyano Julo), cuya escuadra, al regresar de las Islas Británicas (Caledonius Oceanus), había padecido gran naufragio. A Domiciano, de quien por Suetonio, Quintiliano y otros, se sabe compuso versos en la juventud, propone como asunto digno de la Musa épica la toma de Jerusalén por su hermano Tito; y, en fin, á éste le muestra como preparándose á erigir templos en honor de su augusto padre.

¡Febo! si tu laurel ciñe mi frente:  
 Si la Cumana virgen adivina,  
 En mi casta mansión fijar consiente  
 Su tripode, mis sendas ilumina;  
 Y tú, gran padre, á quien la mar furente,  
 De Caledonia prez mayor destina  
 Que al mismo César, blanco de su enojo,  
 (¡En surcarla después tal fué tu arrojó!)  
 Dame, lejos del mundo, entre esplendores  
 De clara luz, cantar la insigne historia,  
 Mientras un hijo tuyo al ceñir flores  
 (¿Quién mejor?) de Solima á la victoria,

Encomia hazañas y lamenta horrores:  
 Bien del hermano intrépido la gloria  
 En muros, á su voz, misera presa  
 Del fuego, sobre ruinas quedó impresa.  
 Pues él á tí y á tu progenie altares  
 Prepara, cuando ya fausto lucero  
 Brilles y desde el cielo rumbo aclares  
 De Sidón, Grecia y Libia al marinero,  
 Más que las Ursas daban por los mares  
 A Tirios y Troyanos derrotero:  
 Escúchame benigno en tu palacio,  
 Y la voz del cantar llenará el Lacio.

Don Juan de la Pezuela, que ha fallecido hace pocos años, siendo desde hacía muchos Director *in nomine* de la Academia Española, fué literato y poeta muy discutido desde la mitad del siglo XIX. Su filiación era clásica, y en su juventud fué liberal, y se le estimó por sus ingeniosas poesías. Su *Letrilla á Rosana* fué muy celebrada en su tiempo.

No siempre amor prepara  
 De rosas sus cadenas,  
 Ni están de fruto llenas  
 Las ramas del placer.  
 De ti ya me separa  
 Crudo deber tirano;  
 Tu rostro soberano  
 No he visto desde ayer.  
 En vigilancia activa  
 Junto al arnés y espada,  
 Sólo el pensar me agrada  
 Que atiende al común pró;  
 Y mientras que festiva  
 Pásas la noche ufana,  
 Velando por Rosana  
 Paso la noche yo.  
 Mi pecho apesadumbra  
 Del sitio la aspereza,  
 Si alivian mi tristeza  
 Los brazos de esa cruz.  
 La negra estancia alumbra  
 Del que rendido te ama

La vacilante llamó  
 De moribunda luz.  
 Sitial de tablas duras  
 Y capas protectoras,  
 Confortan pocas horas  
 Del día que ayer ví;  
 Y entre armas y armaduras,  
 Caballos y guerreros,  
 Dos fieles compañeros  
 Descansan junto á mí.  
 ¡Descansan!... ¡Ah! su pecho  
 Está de amor vacío,  
 Y yo siento en el mío  
 Abrasador volcán.  
 ¡Descansan! y en mi lecho  
 Yo agito mi quebranto,  
 Y turbo con mi llanto  
 Los sueños que tendrán!  
 Si cebo al sueño, un eco  
 De pronto me despierta  
 Y del cansado ¡alerta!...  
 Escucho el largo son;

O el relinchido hueco  
 Del alazán brioso,  
 Que aumenta estrepitoso  
 El cóncavo artesón.  
 Al que apartado gime  
 De tus divinos ojos,  
 La vida es toda enojos  
 Y aborrecerla voy.  
 Si tu beldad no imprime  
 En mi ánimo la calma;  
 Sí, como teme el alma,  
 No vuelvo á verte hoy.  
 Mas ya á mi lecho duro  
 Su rayo el sol envía;  
 Ya dora el nuevo día  
 Mi lóbrega prisión:  
 Y del recinto oscuro,  
 Donde penando mora,  
 A tí vuelas, señora,  
 Mi amante corazón.

Los comienzos literarios de don Juan de la Pezuela, después Conde de Cheste, fueron muy apacibles. Don Antonio Ferrer del Río, luego historiador y crítico de valía, dijo, el año de 1846, en su *Galería de literatura española*, lo siguiente:

«Don Juan de la Pezuela, como militar bizarro, como hombre de sociedad, es tipo de urbanidad y finura, modoso hasta cuando se enoja. Como poeta, más distinguido por la delicadeza y buen sabor del estilo, que por su elevación é inventiva.

Traduce con fortuna *La Jerusalén*, de Tasso: cuando la termine, poseerá España la mejor versión de este poema entre todas las naciones de Europa.

Sus dos *Cantos sobre el Cerco de Zamora*, se distinguen por la belleza del plan, por la ternura de ciertos pasajes y por sus locuciones de buena ley y de selecto gusto.»

El distinguido escritor don José Fernández Espino, hizo de la traducción del señor Pezuela el siguiente elogio en sus *Estudios de literatura crítica*: «La versión castellana del poema italiano, llevada á cabo por el general Pezuela, no será honrada por el estrépito de los aplausos lisonjeros de un día: es, por el contrario, uno de esos monumentos poéticos que más contribuyen á la gloria literaria de las naciones.

La dificultad grave de la empresa, el profundo conocimiento que requiere de ambos idiomas y el gusto y raro ingenio poético que revela la gallardía en su desempeño, le asegurarían un lugar distinguido en la literatura patria, si ya no lo hubiese conquistado por otros bellos frutos de la lozana fantasía.»

Don Juan de la Pezuela había nacido en Lima el 16 de Mayo de 1810. Su señor padre, don Joaquín, era entonces virrey del Perú. A la edad de 8 años vino don Juan á España. Fué educado en el colegio de San Mateo, siendo sus principales maestros Lista y Hermosilla. Condiscípulos suyos fueron, entre otros, Espronceda, Ventura de la Vega, el peruano don Felipe Pardo, y don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

Los trabajos más constantes de sus tareas literarias fueron las traducciones que hizo, desde su primera juventud hasta edad bien avanzada, de la *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso, *Los Lusíadas*, de Camöens, *La Divina Comedia*, del Dante, y del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto.

Con manifiesta animadversión se han juzgado dichas producciones, mezclándose en los dictámenes la injusticia y las pasiones políticas.

Don Juan Valera es el único crítico que, procediendo como era de esperar de su gran talento y justicia, sin odio ni lisonja, ha sustentado lo cierto cuando aún vivía el Conde de Cheste, en 1903:

«Durante el reinado de Fernando VII (ha escrito), fanatizada la plebe por los frailes, era servil en su gran mayoría, de suerte que el liberalismo resultaba aristocrático y elegante. Pezuela fué, pues, liberal, y se me figura que ha continuado siéndolo hasta el día de hoy de la misma manera y en el mismo grado... Valerosamente sirvió á la causa de la libertad y del progreso desde la muerte de Fernando VII hasta la mayor edad de Isabel II.»

«Hay, por último, que aducir en favor de las traducciones épicas del Conde



de Cheste, que el gran público no gusta ya de las epopeyas, sino que le aburren. De aquí que muchas personas, cuando no son audaces en extremo, no se atreven á decir que Homero, Virgilio, Dante, Ariosto, Camöens y el Tasso, les parecen inaguantables, y descargan su enojo ó su furia contra los traductores.

Nosotros (concluye diciendo), si hemos de ser imparciales y estimando como debemos las más bellas é ingeniosas creaciones poéticas del ingenio humano, aplaudimos con toda sinceridad la labor del Conde de Cheste, que basta, á pesar de sus deficiencias, á dar idea aproximada de las bellezas que las mencionadas obras contienen, á quienes no las entenderían si se empeñasen en leerlas en el idioma en que se escribieron.»

Fué muy amigo del Conde de Cheste, cuando sólo era Marqués de la Pezuela, un joven de suma ilustración que se dió á notar mucho por su talento y habilidad para escribir. Era capitán del Estado Mayor, y desde 1839 tenía un nombre prestigioso como valiente militar. Entibiada más tarde la antigua y buena amistad que se profesaron, el Conde de Cheste guardó siempre al querido amigo de la juventud cariñoso respeto, como dos fraternales adoradores de la literatura. Aquel predilecto amigo del Conde, que llegó á ser subsecretario del ministro de la Guerra en 1880, llamábase el general don Juan Guillén Buzarán, muerto años después muy respetado y querido.

Buzarán escribió mucho durante el período romántico sin exagerar la nota extravagante que en ella predominó tantas veces. Un método discreto de buen gusto formaba su versificación, y sus poesías eran sencillas sin dejar de poseer inspiración y donaire, especialmente las amatorias.

Copiaré estos fáciles versos de la que se titula *El desengaño*:

Vengan, vengan los días  
Que yo pasaba sin amor, serenos;  
Tornen sus alegrías  
Y aquellos goces llenos  
De paz dichosa, de dolor ajenos.  
Tornen, sí, y en mi pecho  
Con su dulce poder hagan manida;  
Y el huracán deshecho  
Puedan con su venida  
Calmar de esta pasión aborrecida.  
Hoy, triste, la amargura  
Pruebo de su rigor despiadado;  
Y de mi desventura  
Con el peso agobiado  
Sin esperanza peno desdichado.

Aciago fué el instante  
Aquél en que miré la vez primera  
El seductor semblante,

La sonrisa hechicera  
De esa beldad voluble y altanera.  
Su altivez, su desvío,  
En la empresa difícil me empeñaron:  
Con loco desvario  
Mis ojos la miraron  
Y al corazón su imagen trasladaron.  
. . . . .  
¡Fantasma seductora!  
¡Quimera celestial de mi ventura!  
¡Dicha consoladora!  
¡De un alma tierna, pura,  
Imagen del amor y la hermosura!  
¡Cuán adorada fuiste!  
¡Y cuán fugaz á mi pesar pasaste,  
Dejando al pecho triste,  
Al pecho que ocupaste  
Burlado en la pasión que le inspiraste!...

Aquella pasión dejó amarguísimos recuerdos al poeta. Alude él sin duda al *interesado* desenlace que tuvieron sus amores desventurados en su precioso romance *A la inconstante Laura*.

Respiran verdadero sentimiento los versos que siguen :

Mucho admirarme debiera  
¡Oh, Laura! que aquellas dulces  
Horas de otro amor pasaran  
Como vaporosa nube.

Sin dejar ¡ay! en tu alma  
Donde yo ¡necio! lo puse,  
Ni un vestigio de su anhelo,  
Ni un destello de su lumbre.

Pero no... Ya sé que ingrata  
Y fementida discurre  
Sin buscar más que lisonja  
Que tu codicia deslumbre.

Ama al hombre que te engaña,  
Que él es poderoso y duque,  
Y podrá al fin elevarte  
De su grandeza á la cumbre.

Yo soy un pobre soldado,  
Joven asaz, y aunque ilustre,

Tan desnudo de riquezas  
Como vestido de cruces.

Así, pues, altiva Laura,  
En olvidarme no dudes,  
Sin que la triste memoria  
Dé mis amores te turbe.

Que yo el ejemplar amargo  
De tu conducta voluble  
Recibiré, en vez de ofensa,  
Como desengaño útil.

Ya sé que nunca me amaste  
Y no te agravio en que juzgue  
Fueron ficción tus promesas  
Y tus palabras *embuste*.

Adiós: que tu suerte sea  
Tan feliz como la busques,  
Porque siquiera con ella  
Tu mismo error se disculpe.

Más quisiéramos extendernos al hablar del señor Guillén Buzarán, porque como poeta ingenioso y de mérito descolló del montón anónimo, sin haber sido apreciado ni bien conocido en relación con sus notables merecimientos, y porque, fuera de esto, se dió á notar en sus innumerables trabajos en prosa, publicados en periódicos y revistas, no coleccionados aún, sobre importantes asuntos históricos, arqueológicos y de crítica social y literaria.

En el *Semanario Pintoresco Español* (1846) se contienen varios artículos acerca del insigne poeta del siglo XVIII don Nicasio Alvarez Cienfuegos; amplios estudios biográficos de Quevedo y Moreto en la *Revista Sevillana de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (1855) y magníficos trabajos de erudición y crítica cervantinas en la *Crónica de los Cervantistas*, de Cádiz (1877-78).

Algunos trabajos inéditos dejó el autor, que sus deudos debieran hacer públicos.

Entre los buenos poetas de la escuela clásica debemos recordar á don Baltasar Lirola, preceptor de don Juan Valera y autor de un poemita titulado *Sierra Nevada*, que es dechado de poesía narrativa de profunda inspiración.

El señor Lirola era natural de Dalías (Almería). Nació en los primeros años del siglo XIX. Estudió teología y llegó á ser, por oposición, canónigo lectoral de Guadix. Después fué canónigo en la Abadía del Sacro-Monte de Granada. Allí pasó lo mejor de su vida, que terminó cuando estaba en la plenitud de su existencia, en Diciembre de 1849.

Era Lirola persona de gran cultura, humanista de renombre, orador sagrado de mérito y escritor fácil y limpio de estilo. Como datos muy honrosos para su memoria, cita Valera algunos.

«Sabía y gustaba mucho de letras humanas. En la selecta biblioteca que tenía en su celda, había excelentes libros de historiadores, filósofos y poetas, que él

prestaba gustoso á sus discípulos predilectos, para que aprendiesen y se ilustrasen leyéndolos.

Durante un año, de 1841 á 1842, estuve yo de colegial en el Sacro-Monte, del que siempre conservé recuerdo gratisimo, y muy singularmente de las lecciones de D. Baltasar Lirola, que fué mi maestro, y de los buenos libros que allí leía y que él me prestaba.»

Con estas bellísimas octavas reales comienza el poema:

Por fin te vi, magnífico portento  
Que la gloria de Dios al mundo cantas,  
Llevando tu cabeza al firmamento  
Y al hondo Abismo las marmóreas plantas.  
Pasmóse mi atrevido pensamiento  
Al verme en tus picachos que levantas  
Circundados de nubes y vapores,  
Teñidos de fantásticos colores.

Por fin te vi de cerca, yo que un día  
Sierra Nevada, te admiré de lejos,  
Cuando ansiaba mi ardiente fantasía  
Tu nieve penetrar y tus reflejos;  
El deseo de ver me consumía  
Tu ceñidor de robles y de tejos  
Y gozar en tus valles y en tu sima  
Otra luz, otro ambiente y otro clima.

A un lado el espantoso precipicio  
La muerte en el abismo nos retrata,  
Y con mujiente atronador bullicio  
A otro lado la inmensa catarata  
Que arranca los peñascos de su quicio  
Y al sol esparce ráfagas de plata,  
Y cayendo al barranco entre la bruma  
En nieve se transforma y en espuma.

Altísimos castaños la rodean;  
La oropéndola allí cuelga su nido,  
Por encima las águilas otean,  
Y los cuervos repiten su graznido,  
Y bandadas de tórtolas azules  
Arrullan en madroños y abedules.

Mas ya se enrisca el áspero sendero  
Y se corta tal vez... tal vez se pierde;  
Nada ve el atrevido viajero  
Que la escena pasada le recuerde;  
Ni tórtolas, ni ve ganso ligero,  
Ni árbol frondoso ve ni yerba verde,  
Y donde quiera que su planta toca  
Siempre pisa en la nieve ó en la roca.

Hondísimos barrancos y mesetas,  
Torrentes y cascadas infinitas;  
Algún arbusto seco entre las grietas,  
Sulfúreas y metálicas piritas,  
Jaspes pintados con ligeras vetas,  
De color y labores exquisitas,  
Tajos elevadísimos cortados  
Como plata ó cristal pulimentados.

Todo se pierde y se consuma  
En el mundo falaz, perecedero.  
Vuela la gloria como leve pluma  
En las alas del tiempo pasajero;  
Se acaba la belleza cual la espuma  
De un niño al soplo tímido y ligero;  
Polvo es, en fin, y nada la existencia,  
El poder, las riquezas y la ciencia.

Mas tú, Sierra Nevada, desafias  
Este poder del tiempo y lo resistes;  
Pues al nacer del mundo tú nacías,  
Y tras de tantos siglos aún existes;  
;Cuántas mudanzas en tan largos días!  
;Cuántas ruinas y sucesos tristes  
Habrás visto pasar como aquilones  
Por los hombres, los pueblos y naciones!...

Poco conocido es el poeta de quien voy á hablar ahora. La injusticia es muy frecuente en los fastos literarios, de los que suelen quedar muchas veces excluidos nombres que han permanecido en la penumbra ó en completa obscuridad por motivos de modestia ó por el poco cuidado de sus coetáneos. Esto ha sucedido precisamente á don Juan Florán, que fué Marqués de Tabuérniga, y escribió y viajó mucho hasta el año 1850.

Hombre de su época, participó de las opiniones en sentido progresivo, aunque su gusto se inclinó en poesía más á lo clásico que á lo romántico. Desde el año 23 estuvo emigrado, viviendo en Inglaterra y en Francia. Hablando y escribiendo en dichos idiomas, publicó muchos trabajos de erudición y crítica en revistas y

periódicos extranjeros. Don Juan Valera, que logró conocerle y tratarlo, cita algunas de las obras escritas por el Marqués, entre otras: *Mémoires d'un Cadet de famille*, *Etude sur la littérature originale des espagnols* y *Costumbres familiares de los americanos del Norte*.

En inglés y francés publicó también muchas poesías. Las que dejó en castellano son muy notables. La composición titulada *La despedida*, y que copiamos íntegra, «está llena, dice el gran polígrafo citado, de juvenil y cándida lozanía, de gracia y de sencillez elegante».

## LA DESPEDIDA

Riberas amenas  
Del fértil Segura,  
Zagalas morenas  
De garbo gentil,  
Adiós! que mi dura  
Fortuna me lleva  
A ver tierra nueva  
Do corre el Genil.

En vano al dejaros,  
Mi llanto reprimo;  
En vano al hablaros,  
Quisiera llorar;  
Y al cabo, si gimo,  
Mi mal no se calma;  
Ni muero, si el alma  
Concentra el pesar.

Adiós, patria mía!  
¡Adiós, cuna amada!  
Mi bien, mi alegría,  
Murieron en flor,  
La bella Granada,  
Si más bella fuera,  
Tampoco pudiera  
Templar mi dolor.

¡Oh, nunca sus prados,  
Sus cármenes fríos  
Tus valles llorados  
Me harán olvidar:  
Tus valles sombríos,  
Tus altas moreras,  
Tus aguas parleras,  
Tu blando azahar.

Si alguna zagala,  
Al verme tan niño,  
Quisiere por gala  
Prenderme en su amor,  
Mi tierno cariño  
Diréle que habita  
Do nunca marchita  
La nieve el verdor.

¡Adiós, mis pastores!  
¡Adiós, mis zagalas!  
¡Sabrosos amores  
De pecho infantil!  
Del viento en las alas  
Mi pena á deciros  
Mis tiernos suspiros  
Vendrán del Genil.

A los apuntes dados por don Eugenio de Ochoa al hablar de los *escritores contemporáneos españoles* (1840), hay que agregar las noticias y referencias que ofrece don Juan Valera en un precioso libro de crítica de 1903.

Don Juan Florán había nacido en Cartagena en los primeros años del siglo XIX. Su padre quería que fuese marino como él; pero, en vista de lo poco que estimaba Fernando VII la Real Armada y lo poco que podía esperarse de la profesión militar, resolvió que se dedicara á las letras. Al muchacho le agradó sobremanera. Estudió humanidades en Córdoba, bajo la dirección del ilustre poeta don Manuel María Arjona, quien le enseñó también los idiomas latino y griego. Estudió leyes en Granada y en Santiago. Tomó parte en la revolución del 20 al 23.

«De vuelta á España (dice Valera), no creo que le sonriese mucho la fortuna. Acaso le perjudicó la independencia de su carácter. Acaso el ser como extranjero en su patria, después de tan larga ausencia, fué estorbo para su medro. Me parece recordar con todo que, después del pronunciamiento de Vicálvaro, Florán fué elegido diputado é hizo una brillantísima campaña en aquellas Cortes, apareciendo como orador elocuente, de opiniones conservadoras.»

Florán estuvo después de cónsul de España en Londres. Cesante luego, vivió retirado en Madrid, casi olvidado. Murió en un cuarto de la calle de Silva. Valera da la noticia en esta forma: «Si no recuerdo mal, habitaba Florán cuando murió, en un cuarto contiguo al que yo habitaba en una casa de la calle de Silva.

Aunque le traté poco, me atrevo á asegurar que era persona discretísima, de amena conversación y de muy finos modales.»

Un nuevo dato de curiosidad literaria podemos añadir á lo ya referido. El año 1843 se publicó en Granada, Julio del mismo, imprenta de Benavides, calle nueva del Milagro, números 5 y 7, un tomo, 8.º español de 202 páginas, mas ocho preliminares de portada, advertencia del editor, prólogo é índice. El título del libro es el siguiente: *Poesías de Don Manuel Cañete*.

El prólogo que escribió don Juan Florán en elogio de estos ensayos juveniles, dice así:

«A pesar de lo poco poético de nuestro siglo, nunca ha tenido la poesía ni más sectarios ni más admiradores. Cuando el hombre de la inspiración atina con los misterios del corazón, las cuerdas de la lira derraman en el alma llagada una gota de bálsamo; sus acentos reaniman la desmayada llama de la vida, y renace la esperanza aun en el pecho del excéptico más empedernido.

Los versos del señor Cañete, castas flores de un joven que, como todos los de nuestra época, ha vivido mucho en pocos años, resumen los dolores y las ilusiones de la primera edad: son lágrimas y juegos, esperanzas y enojos, el sueño de la felicidad y el eco de los amores.»

En dicho tomo de poesías hay una de singular mérito, titulada *Luz y Sombra*, dedicada por Cañete á su amigo el señor Marqués de Tabuérniga.

Hubo varios poetas que, habiendo sido fervientes liberales en su juventud y admiradores de las iniciativas del pueblo español cuando la guerra de la independencia, modificaron después sus opiniones al implantar Fernando VII su sistema de absolutismo. Hízose el más notable entre todos ellos don Bernardino Fernández de Velazco, Duque de Frías. Casado con una de las mujeres más hermosas de su tiempo, cuya prematura muerte fué muy sentida, dando motivo á inspirados cantos de los más ilustres poetas españoles, entre los que descolló la sublime lira de don Juan Nicasio Gallego, el Duque de Frías demostró públicamente su variación de criterio á presencia del Monarca, en un acto de resonancia celebrado el año de 1832.

Queriendo el poeta palaciego desautorizar lo dicho por Quintana acerca de la fatal dominación de España en América, en lo que tuvo mucha razón para las censuras, como lo habían patentizado en siglos anteriores los padres Las Casas y Palafox; era inocente aseverar que aquellos pueblos emancipados serían siempre españoles, no americanos, porque siempre habrían de recordar que á su madre España debían su religión y su lengua.

Supónese que el Rey, al oír aquel trozo, se impresionó profundamente y aun derramó lágrimas. Quizá influirían en esto sus tristes convicciones sobre el desesperado estado de su salud; no el efecto de la lectura.

El sistema retrógrado, que imperaba ya en el ánimo del Duque, bien demostrado está en su *Canto á Felipe II*, apoteosis de aquel Monarca, que de manera tan

principal contribuyó con las persecuciones religiosas al decaimiento y ruina de la Patria. La pobreza de inspiración del Duque no llega á ser ni remedo de la potente y magnífica elocución poética de Quintana.

Pero, considerado entonces el Duque como un gran versificador que defendía las creencias ortodoxas, sus compañeros de Academia, cuando murió, el año 51, juzgáronle digno de las mayores reverencias, y dispusieron hacer una impresión de sus poesías. La edición, que fué costeada por los herederos del Duque, un tomo en 4.º mayor, se titula *Obras poéticas del Duque de Frías*, y se publicó en 1857. Lleva un prólogo del Duque de Rivas, y noticias biográficas y bibliográficas del señor don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

No son muchas las poesías del Duque; bien escasas las que tienen superior mérito.

La Academia Española atravesaba un período de evidente descrédito en la opinión desde 1850. Confirmóse ésta en la generalidad al ver lo que sucedió en el certamen ofrecido por la Academia para premiar el mejor poema sobre el *Cerco de Zamora*. Obtuvo el premio el trabajo presentado por el Conde de Güendulain, persona de tan escaso mérito como poeta, cuanto de nulo nombre como literato.

La distinción otorgada al de Güendulain, motivó que los concurrentes al certamen que fueron preteridos, procurasen demostrar con la publicación de sus poemas la injusticia del fallo, á la vez que la superioridad de sus producciones; cosa no nueva ni extraña en los dictámenes de aquel Cuerpo literario. El escándalo fué muy grande; los comentarios, infinitos. Hasta el señor Donoso Cortés, que, si como orador católico era famoso, como poeta también valía más que el Conde premiado, se defendió con notable habilidad de su desgracia.

Dijose por entonces que todo esto se hizo para no alentar á los partidarios de las innovaciones literarias, y se dió el premio al exacto observador de las reglas clásicas, y por esto también se nombró académico á aquel poeta, sin serlo, aunque además se dijo que no sus méritos, sino las recomendaciones palatinas le habían llevado al egregio sillón académico.

Como escritor de verdadero mérito, aunque de origen americano, y por haber sido individuo de la Española, debemos citar á don Rafael M.<sup>a</sup> Baralt, que hizo estudios detenidos sobre nuestros poetas clásicos, y dejó notables composiciones de relevante mérito, á pesar de sus imperfecciones. Su oda á Cristóbal Colón merece el aprecio de las personas doctas por muchos pensamientos hermosos y su gran intensidad efectiva. Su admiración á Fray Luis de León era extremada. ¡Qué estrofas tan magníficas las de esta composición!

Por la fe conducido,  
Puesta la tierra en estupor profundo,  
De frágil tabla asido,

Tras largo afán y esfuerzo sin segundo  
Así das gloria á Dios y á España un mundo.  
¡Oh noble, oh claro día  
De inclita hazaña y la mayor victoria

De la humana osadía,  
 En fama excelso, sin igual en gloria,  
 Eterno de la gente en la memoria!  
 En la tostada arena  
 Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,  
 De asombro el alma llena,  
 Y en voz de amor y de alabanza en canto  
 Entonar de David el himno santo;  
 De Cristo el alto nombre  
 Aclamar triunfador entre la gente  
 Y un culto dar al hombre  
 Desde el gélido mar y rojo Oriente  
 Al confín apartado de Occidente;  
 Y la sacra bandera  
 Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,  
 Al viento dar ligera  
 Del astro de los Incas en la zona,  
 Astro luego de Iberia y su corona.  
 La veleidosa plebe,  
 Humillada á tus pies, en plauso ahora,

Al cielo el grito mueve;  
 Y el que del sol en las regiones mora  
 Angel te llama y como Dios te adora.  
 ¡Qué humana fantasía  
 Dirá tu pasmo, y cuanto el pecho encierra  
 De orgullo y de alegría!  
 Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;  
 Cual divina visión, allí la tierra.  
 No el que buscas ansioso,  
 Mundo perdido en tártaras regiones;  
 Mundo nuevo, coloso  
 De los mundos, sin par en perfecciones,  
 De innumerables climas y naciones.  
 De ambos polos vecino,  
 Entre cien mares que á su pie quebranta  
 El Ande peregrino  
 Cuando hasta el cielo con soberbia planta  
 Entre nubes y rayos se levanta.

Don Rafael M.<sup>a</sup> Baralt fué también notable como escritor en prosa, especialmente por sus importantes trabajos sobre galicismos.

Don Enrique Ramírez de Saavedra, hijo del famoso autor de *Don Alvaro ó la Fuerza del sino*, no ha sido bien estimado por la opinión pública, según sus méritos literarios demandan, que son muchos y de valía. Tiene exquisito gusto, y algunas de sus poesías se distinguen por maravilloso realce estético. Sus poesías aparecieron en poca propicia ocasión, y tuvieron que encerrarse, como observa Valera, «dentro del círculo aristocrático en que habían nacido; y el Duque fué por esto menos fecundo de lo que debía ser.»

Queremos añadir el elogio que hace del poeta el citado crítico, por considerarlo exacto y justo.

«Quiero hacer constar que el segundo Duque de Rivas, como no escribe por escribir, sino sólo cuando se siente inspirado y cuando el numen ó la musa le visita, no hay en sus composiciones desnivel parecido al que se nota en las de otros poetas de más extensa fama, sino que todas son bellas. El buen gusto, la conveniente sobriedad y la medida justa acrisolan su mérito y no consienten que nada huelgue en ellas y nos parezca cansado.»

De su valiente inspiración y pureza de forma clásica da excelente prueba la poesía que escribió con motivo de la muerte del gran Tassara.

¡Cayó también!... Ya en polvo se deshace  
 El águila que al cielo se elevó:  
 Como extinto volcán su frente yace,  
 Helado está su noble corazón.  
 ¿Qué fueron ¡ay! los sueños del poeta,  
 De su arpa de oro la radiosa luz,  
 La divina intuición de su alma inquieta,  
 De su acento la magia y la virtud?  
 Vedlo seguir á las humanas greyes

Rebosando sublime inspiración,  
 Y en el vaivén de pueblos y de reyes  
 Buscar el rumbo que les traza Dios.  
 Vedlo, tras lucha amarga, alzar el vuelo  
 En las pujantes alas de la fe,  
 Y las cimas salvar pidiendo al cielo  
 Fuente divina en que saciar su sed.  
 Mas ¡ay! aquella excelsa fantasía  
 Ya no recorre el firmamento azul;

<p>Aquella frente donde el astro ardía          En la noche se hundió del ataúd...          No, no es Tassara lo que ven los ojos,          Arbol que el rayo de la muerte hirió;          Esos yertos y lividos despojos          De una llama inmortal cenizas son;          Llama que eterna brillará en su nombre,</p>	<p>Y cual nimbo de gloria orló su sién;          Llama que en semidió transformó al hombre          Y dió á su aliento mágico poder.          No, no murió: la humana vestidura          Cayó tan sólo en la afanosa lid;          Su alma se goza en la celeste altura,          Lo que anheló su pecho encuentra al fin.</p>
--	--

Dignas hermanas de tan excelsa composición, por lo hermoso de la forma y lo elevado de los pensamientos, son las que se titulan *El canto de la Sirena*, *Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes*, y *Dos ángeles*.

Cultivador elegante y distinguido de la poesía fué don José M.<sup>a</sup> de Martorell, Duque de Almenara Alta, de quien pueden recordarse no pocas producciones inspiradas por exquisito gusto. Escribió un prólogo encomiástico de ellas don Juan Valera, con la autoridad y discreción que todos le reconocían. Aunque murió joven el Duque, y «no pudo mostrarnos y legarnos todos los tesoros de su alma», en sentir de Valera, «dejó una rica colección de odas y canciones en que la nitida sencillez de Fray Luis de León aparece combinada con el atildamiento y el esmero de la métrica de nuestros días.»

Como muestra de su habilidad en la versificación, copiamos las estrofas que siguen de su producción

#### LAS DOS BELLEZAS

<p>No, no; la torva nube para y ceja,          Se rompe y se deshace,          Y á través del vapor que ondeando deja          Mi blanca aurora nace.          En los campos del sol, montes de flores          Que cerca un mar bravío;          Allí el templo, el altar de mis amores,          Allí el ídolo mío.          ¡Es ella, es ella! Aún lleva en la mejilla          Los dejos del quebranto,          Aún en sus ojos el contento brilla          Entre nubes de llanto.          Amor que lidia y vence: es ella; es ella;          Su pálido semblante,          Sus negros rizos, la febril centella          De su mirar radiante,</p>	<p>Su dulce sonreír, miel de los labios          Que á gozarlos provoca,          Mi placer, mi esperanza, mis agravios          Pendientes de su boca.          Mirala, es ella; póstrate conmigo;          Cuando ausente la imploro          Con la callada noche por testigo,          Viene á calmar mi lloro:          Al viento dando lá medrosa bruma,          Su rostro de ángel brilla,          Mientras huefla su pie nubes de espuma          Que toca y no amancilla.          Tenues celajes de amaranto y rosa          Circundan su albo asiento,          Flotante pabellón de lumbre undosa          Le trenza el firmamento.</p>
---	---

Don Antonio de los Ríos Rosas, gran político y orador parlamentario, era también poeta de altos vuelos y de gusto clásico. Tiene algunos sonetos que son dechados de hermosura. En su juventud, dado su fogoso carácter, tuvo bastante afición á las impetuosidades del romanticismo; pero luego predominó en su ánimo la pureza austera de la forma, de acuerdo con su rica inspiración estética.

Lo mismo sucede con sus trabajos en prosa. Consideramos como el mejor de todos los suyos, excepción hecha de sus más elocuentes oraciones parlamentarias, el discurso que leyó al ingresar en la Academia Española como individuo de



número. Es modelo de elegante y seductor estilo. Un escogido trozo del bien decir castellano en el siglo XIX.

La Academia Española fué desgraciadísima casi siempre en sus certámenes. Se recordará lo que había pasado cuando quiso premiar, y premió, al Conde de Güendulain, por su pobre poema *El Cerco de Zamora*.

Repitiéronse las censuras al ver que, después del año 50, concedió el mismo Cuerpo literario una medalla de oro al canto que había presentado don Emilio García de Olloqui, con el título *La victoria de Bailén*, tema del certamen. El señor Olloqui no tenía condiciones de ninguna clase para ser premiado; carecía de inspiración y de sentimiento estético. No era, pues, sólo un mal versificador, sino que hasta le faltaba discreción para hacer sus renglones apacibles.

¿Puede darse más desdichados versos que éstos?:

Dios, que infunde en sus pechos  
Valeroso desdén al enemigo,  
Dió voz para sus hechos  
Y amor, Bailén, contigo,  
Y humilde fuente de salud y abrigo.

El señor don Francisco Blanco García, fraile agustino, autor de la *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, no ha podido por menos que decir (tomó segundo, p. 144):

«No se comprende cómo la Academia distinguió con sus palmas este aborto de infame prosa, lleno de ripios, obscuridades y afectaciones, este pecado de lesa gramática, ya que no hablemos de poesía, ni cómo el señor García Olloqui ha tenido la audacia para estar maltratando á las musas un año tras otro cumpliendo la promesa encerrada en estos versos:

... mientras yo aliente  
No el clarín de los héroes en reposo  
Yacer verás, ni el arpa del creyente.»

El señor Olloqui cumplió su palabra. La última edición que conocemos de su labor poética, es la publicada en 1884. Tres tomos en 4.º, donde se insertan trabajos extensos, líricos y narrativos, que no tienen mérito ni pueden leerse con interés, pues su versificación siguió siendo tan pesada y estafalaria como las nuestras, ofrecidas 34 años antes.

El año 60, otro fracaso de la Academia ante el público. En el certamen que convocó para conmemorar *la nueva guerra púnica ó España en Marruecos*, fué premiada la composición presentada por don Joaquín José Cervino, autor infortunado de otros poemas mal recibidos por la opinión, *La Virgen de los Dolores* y *La victoria de Bailén*.

Dió motivo la injusticia del fallo á recriminaciones justas, pues las poesías que fueron preteridas valían más que la que había obtenido galardón.

Cervino era muy prosaico y estrambótico componiendo versos. Pidiendo inspiración para acertar en su poema *La Virgen de los Dolores*, no se le ocurrió más que esto:

Tú, Luna, que en el alto firmamento  
Ves, en trono de nácares llevada,  
Al ángel de la noche dando el viento  
La fimbria de la veste plateada:  
Tú á quien dije mi pena y mi contento  
Tantas veces en cítara acordada,  
¿Sabes por qué me acosa este quebranto  
Que abre mi labio para triste canto?

¡Oh! dímelo si puedes, luna bella:  
Así nube importuna nunca empañe  
La hermosa lumbre que tu faz destella;  
Así un coro de estrellas te acompañe  
Y venzas en fulgor á cada estrella,  
Así en su luz el sol por siempre bañe  
Tu frente candorosa. Dime ¡ay! Dime  
Por qué hoy la lira entre mis manos gime.

¡Cuánto más valen los versos del modesto, elegante é inspirado vate don José García, celebrado por el mismo Valera! Cifra su dicha en la fe que atesora su alma creyente.

Un himno de contento  
Eleve el corazón agradecido  
Al Dios del firmamento,  
Que á su siervo escogido  
Le dió con abundancia el bien querido.

Pastores que el ganado  
Sediento conducís á la llanura  
Donde el pozo sagrado  
De Jacob, su agua pura  
Os ofrece, y los árboles frescura;

Oíd como gozosa  
Mi lengua ensalza del Señor los dones  
En lira armoniosa;  
Aprended sus canciones  
Y repetidlas luego á las naciones.

Fatigado seguía  
El justo sus senderos; mas no en vano  
Fué la virtud su guía,  
Que Dios abrió su mano  
Y el áspero camino se hizo llano.

Y consumiósese luego

El acerbo dolor que le afligia,  
Como la cera al fuego;  
Como á la luz del día  
La oscura niebla de la noche umbría.

. . . . .

Siembro en el surco el grano  
Implorando al señor que lo bendiga,  
Y su pródiga mano  
Por premiar mi fatiga  
El campo cubre de abundosa espiga.

Mas otro bien poseo,  
Trasunto fiel de la mujer más pura  
Que codició el deseo;  
Sagrario de ternura,  
Con todo el esplendor de la hermosura.

Tal es mi bien amada,  
La dulce compañera de mi vida,  
Por quien enamorada,  
El ánima rendida  
Su esclavitud adora bendecida.

Justamente merece don Juan Herranz, Conde de Reparaz, que le citemos, porque ha escrito muchas poesías de clásica forma con relieves muy sentidos.

Son lindos estos versos de su composición *Las Campanas*:

En medio de memorias pasadas y distantes,  
Las notas del revuelto repique general  
Las oigo tan sonoras, las oigo tan vibrantes,  
Que imitan á torrentes de perlas y diamantes,  
Cayendo en cataratas, en lagos de cristal.

Adoro las campanas que acuden con sus sonos  
A todo lo que inspiran la fe y la devoción,  
Anudan voluntades, enlazan corazones,  
Y evocan con sus cantos, los coros de oraciones,  
Uniendo á un pueblo entero en una aspiración.

Repiquen las campanas que en ondas de ternura

Las preces de los hombres elevan al Señor,  
Y mandan á la tierra consuelos á la altura,  
Y tienen alabanzas cantando la hermosura  
De todas las grandezas que nacen del amor.

También es bello el siguiente soneto filosófico:

De la misma montaña y de igual losa  
Que talla el escultor, pica el cantero;  
Este labra un humilde sumidero  
Y hace aquél una estatua primorosa.

Una piedra se pisa, la baldosa,  
Otra sube, en moldura, hasta un alero,  
Esta marca un camino al pasajero,

Cubre aquélla al mortal en una fosa.

Al hombre, cuando nace á la existencia,  
De la misma cantera y de igual tajo  
Lo labran el honor, la fe y la ciencia.

Quien más subió y el que rodó más bajo  
Son de origen igual: la diferencia  
Está en la aplicación y en el trabajo.

Don Luciano García, vate asturiano, ha dejado un hermoso canto á la *Virgen de la Montaña*, lleno de sentimiento y de fe.

Venid á oír su historia. No la he inventado;  
No la juzguéis, cual mía, ruda ó extraña,  
La he aprendido á sus plantas. Me lo han contado  
Los ecos y torrentes de la Montaña.

¡Recuerdos bulliciosos de mis hogares,  
Alegres romerías, Montaña santa,  
Flores pobres y humildes, cual los cantares  
Que brotan temblorosos de mi garganta,  
Murmulllos misteriosos de la espesura!  
Dad aroma á mis cantos, prestadme acentos  
Para cantar las glorias y la hermosura  
De la Virgen que adoran mis pensamientos,  
Por la florida Vega de los Pastores,  
Cual reina fugitiva, pobre y hermosa  
Pasó un día la Virgen cogiendo flores  
Con un niño en los brazos como una rosa.

Su presencia divina perfumó el viento;  
Donde pisó su planta, flores brotaron;  
Y al levantar los ojos al firmamento,  
Hasta los mismos cielos se iluminaron.—  
«¿Quién es ésta que viene? cantó la fuente.  
«¿Quién es ésta que pasa? gimió la brisa.  
«¿Quién es ésta que llega?, rugió el torrente,  
¿E ilumina los cielos con su sonrisa?»  
«Soy la reina del cielo, contestó Ella,  
Que el trono de mi gloria, quiero en España,  
Desde hoy en adelante, seré su estrella,  
Soy la Virgen querida de la Montaña.»

Los bardos la llamaron sol de alegría,  
Del mismo paraíso flor trasplantada,  
Mis padres la dijeron «¡Santa María!»  
Y el Auseva le dieron para morada.

A ofrecerle regalos van los pastores  
Y las gentes humildes de las aldeas,  
Porque es pobre y humilde como sus flores...  
«¡Reina de la Montaña, bendita seas!  
En una humilde Cueva tienés tu trono;

De par en par lo tienes, nunca se encierra  
 Para el pobre y humilde, que en su abandono,  
 No tiene más amparo sobre la tierra,  
 De par en par lo tienes... Madre querida,  
 Que se apaguen los cantos en mi garganta,  
 Que rendido á tus plantas pierda la vida,  
 Antes que ver cerrada tu Cueva santa. »

El padre Julio Alarcón, jesuíta, ha escrito poesías preciosas que merecen el beneplácito de las personas doctas. Léanse las que copiamos de su libro titulado *Sentimientos*:

Hay arroyos que manan  
 Entre las peñas,  
 Flores que dan su aroma  
 Bajo la yerba;  
 Y, también, aves  
 Que gorjean ocultas  
 En el ramaje:  
 Pues así en este triste  
 Valle de lágrimas,  
 Ocultas y escondidas  
 Hay muchas almas:  
 Almas muy buenas  
 Que van haciendo bienes  
 Sin que las vean.

Fué la niña al bosque; y fué  
 Como la rosa encarnada:  
 Pálida volvió la niña  
 Como la azucena, pálida.

Se sabe que está muy triste  
 Como flor al marchitarse.  
 Mas ¿qué le pasó en el bosque?  
 Eso es lo que no se sabe.

El amante celoso  
 Vengarse jura;  
 Y se dirige al baile,  
 Y allí la busca,  
 Llevando puesto,  
 Negro como su alma  
 Dominó negro.  
 Y la inocente joven  
 Marcha al sarao  
 Para estrenar su traje,  
 Su traje blanco...  
 ¡Ay! no pensaba  
 Que iba al baile vestida  
 Con su mortaja.

Recuerdo afectuoso tributemos también á la clásica inspiración del vate mallorquín, don Miguel Costa, que entre otras producciones de mérito, dejó muchas bellezas encantadoras en su *Adiós á Italia*.

Huellas no dejo en ti; mas en mí déjalas  
 Hondas tu numen, y doquier la ráfaga  
 Me lleve del destino, allí tus pléyades  
 Veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,  
 Solitario pasé. Mi oculta cítara  
 Sólo confió sus notas al olímpico  
 Silencio de tus mármoles.

Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga  
 De luz y encantos, me hechizó Parténope;  
 Y al cráter me asomé, y vi á la victima  
 Pompeya abrir su túmulo.

Cantóme grave su leyenda mística  
 Umbria la verde, al pie de su acrópolis;

Y allá me embelesó Florencia plácida  
 Entre olivares áticos.

En la docta penumbra de sus pórticos  
 Acogióme Felsina; y la Adriática  
 Reina oriental me reveló poéticos  
 Arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico,  
 Roma la grande dilató mi espíritu,  
 Y en la suprema universal Basilica  
 Ciñóme el sacro cíngulo.

¡Adiós, Italia; adiós! Desde tus márgenes  
 Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;  
 Mas al dejarte los afectos íntimos  
 Vibrar sienta en mi ánimo.

Dechado de exquisito gusto dió siempre en sus composiciones poéticas el gaditano don Angel María Dacarrete. Fué uno de los más dignos representantes de la escuela clásica.

Su inspiración competía con los temas más simpáticos á los corazones generosos, y más en consonancia con los ideales de la civilización.

¡Qué sublimes acentos los que brotan de su lira al hablar de Polonia por boca de un desterrado á Siberia!

¡Ay, Polonia infeliz! Sólo veo ahora  
 Por tus campos desiertos,  
 Cruzar la muchedumbre vencedora  
 Galopando entre muertos.  
 Mudo ya el bronce, y del feral combate  
 El vocerío inmenso,  
 Aún se oye el trueno del fusil que abate  
 Al mártir indefenso.  
 Al pie de los altares el Pagano  
 A tus hijas agarra,  
 Las azota con látigo villano  
 Y sus lutos desgarras.  
 Arrodillado sobre escombros, ora  
 El anciano doliente,  
 Y, preguntando por sus padres, llora  
 El niño balbuciente.

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza  
 De mi destierro impio,  
 No turben de mi alma la entereza,  
 No lo quieras, Dios mío!  
 Firme en tu fe y en el amor ardiente  
 De mi patria querida,  
 Acabe entre estos hielos tristemente  
 La miserable vida.  
 Mas no su amigo el Déspota me llame,  
 Mi cuello unciendo al yugo;  
 Apriételo más bien con cuerda infame  
 La mano del verdugo.  
 Y antes que manche del perjuero el yerro  
 Mi lengua que te invoca,  
 Dura tenaza de encendido hierro  
 Le arranque de mí boca.

Parece que puso toda su alma el poeta para glorificar á Lincoln, redentor de la Humanidad, en este magnífico soneto:

No sobre el campo del honor caído,  
 Ni de banderas bélicas cubierto  
 Dejó á ese cuerpo ensangrentado y yerto  
 Su espíritu inmortal nunca rendido.  
 Del lauro ya del vencedor ceñido,  
 La ambición y el rencor, en vil concierto,  
 Con golpe aleve le postraron muerto,

La desgracia infamando del vencido.  
 Mas la mano del bárbaro homicida  
 Nuevo triunfo á los triunfos eslabona  
 Con que ilustró su generosa vida;  
 ¡Que llora el mundo su fatal partida,  
 Y brilla más que la imperial corona  
 La noble sangre de su frente herida!

Y en otro género de composiciones, ¿puede darse nada más tierno y sentido, ni más parecido á los suaves versos de Becquer, que esta inspirada poesía?:

Dime, ¿cuál melancólico lucero,  
 Brillando sólo al despuntar el alba  
 Vierte una luz como la luz suave  
 De tu mirada?  
 Dime, ¿qué clara gota de rocío  
 Pudo igualar sobre azucena blanca  
 A una gota de llanto resbalando  
 Por tu mejilla pálida?

Dime, ¿habrá una sonrisa que prometa  
 De virtud y ventura la esperanza  
 Que consiga imitar el dulce canto  
 De tu sonrisa casta?

Dime, ¿habrá una mujer que, cual tú, inspire  
 Amor tan puro, adoración tan casta?  
 Dime, ¿habrá sierpe que tan negra tenga  
 Como tú el alma?

De tres ilustres líricos montañeses he de hablar ahora, cuyos nombres son con singular prestigio estimados, don Amós Escalante, don Fernando Velarde y don Casimiro del Collado. En los tres resplandece la inspiración y un cariño entrañable á la amada tierra donde nacieron.

Escalante ha escrito estos sentidísimos versos, recuerdos de su ferviente corazón:

«Mi soledad en la montaña adoro,  
 Más claro el cielo de estas cumbres miro;  
 Nadie aquí sabe cuándo río ó lloro,

Nadie por qué suspiro.  
 . . . . .  
 Voces de tempestad que me arrullaron

Y el corvo tallo en que nací mecieron,  
Si colores de alegre me robaron,  
De amante me los dieron.

Púrpura triste, túnica y sudario  
De mártir, no de rey, descolorida,  
En la penosa cuesta de un calvario  
Es gala de mi vida.

Es mi aroma sutil ¡cuántos le niegan!  
Las pocas almas cuyo gusto halaga  
A comprender de un desdén llegado  
Cómo querido paga.

Su cabello perfume ó su justillo  
Si me coge al pasar la montañesa,  
Y aroma el vaho de su hogar, si brillo  
Al fuego hecha pavesa.

Nadie aprendió en la gándara bravia  
Qué es desagradecer, ó qué es olvido:  
A la más pobre flor y más sombría

El sol ha sonreído.

Y la silvestre miel que fosca abeja  
Sorbe en sus jugos y en panales cuaja  
Si á la de flor ninguna se asemeja  
¡A cuántas se aventaja!...

Obscuro es mi decir; no sé los nombres  
Cuántos de vida y alma han de saberse;  
El hablar de una flor al de los hombres  
¿Cómo ha de parecerse?

Mas una sola voluntad ordena  
Las regias glorias del humano acento,  
Y el ruido obscuro que en mis hojas suena  
Mecidas por el viento...

¡Oh, rudo monte! ¡oh, patria! si soñamos,  
Cuando en el cielo que tan alto vemos  
Patria más venturosa imaginamos,  
Soñemos ¡ay! soñemos. »

De Amós Escalante ha dicho su eminente paisano don Marcelino Menéndez y Pelayo que es *pintor idealista, rico en ternuras y delicadezas, que ha envuelto el paisaje (de la Montaña) en un velo de suave y gentil poesía.*

Entre todas sus obras distínguese su notable leyenda histórica *Ave Maris Stella.*

\*  
\*\*

Como muestra de la hermosa versificación de don Fernando Velarde, vamos á copiar algunos renglones de su magistral poesía *De noche, En las playas de Chile.*  
¡Qué elevación de ideas, qué riqueza de dicción!

¡Oh, qué noche tan diáfana y bella!  
Todo es paz, plenitud, melodía:  
Es la brisa un raudal de ambrosía,  
Son las nubes oasis de luz.

¡Ved la luna en los cielos azules,  
Cristalina, fantástica, plena,  
Cual la casta inocencia serena,  
Rebosando inmortal juventud!

¡Quién pudiera del tiempo implacable  
Contener el fatídico vuelo,  
Y este mar, esta luna, este cielo,  
Contemplar en transportes sin fin!

¡Quién me diera estrechar en mis brazos  
Mi ilusión más doliente y más bella  
Y admirar estos cielos con ella  
Y con ella gozar y morir!

¡Oh celeste, inmortal peregrina!  
¡Oh amorosa y poética luna!  
Siempre ha sido tu luz mi fortuna,  
Siempre ha sido mi amor tu beldad.

Con doliente efusión te bendigo,  
Porque siempre amorosa te encuentro,  
Cual si fueras el mágico centro  
De otra vida futura, ideal.

Tu virgineo candor me entenece  
Y entrañables suspiros me arranca.  
¡Oh ilusión melancólica y blanca  
De mi errante, infeliz juventud!

¡Oh qué bella, qué lánguida y triste  
En el cóncavo azul resplandesces!  
¡Un delirio infinito pareces  
De inocencia, de amor, y virtud!

¡Cuánto place á mi espíritu ardiente,  
Del delirio en las alas flotantes,  
Contemplar universos radiantes,  
Traspasar horizontes sin fin!

¡Cuánto place á mi alma sombría  
Inspirarse en insomnios oscuros,  
Y en los hondos abismos futuros  
Ver las cosas que están por venir!

Yo bendigo estas playas sonoras  
Y estas vírgenes selvas floridas,  
Porque están perfumadas y ungidas  
Por la bella y feliz libertad.

Porque aquí se desploma ya el solío  
Del hipócrita y vil fanatismo,  
Y en las fauces del lóbrego abismo  
Ese monstruo sacrilego está.

\*  
\* \*

También había vivido muchos años don Casimiro del Collado en América.  
¡Qué estrofas tan llenas de vida y sentimiento las que produjo su cariño al saludar  
de nuevo su Liendo querido, el valle paterno de su alma!

Es admirable esta poesía:

Corro, vuelo, traspongo la colina...  
¡Feliz puedo expirar!... Heme en tu seno.  
Valle, donde benigna suerte quiso  
Cercaran mi niñez dicha y ternura,  
Cuando gocé tu paz de Paraiso,  
No supe valorar tanta ventura.

Después, maestra dura,  
Enseñóme la ausencia entre zozobras  
A comprender, á desear tu calma;  
Y vuelvo, como ves, de los extraños  
Con heridas de penas en el alma,  
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado ¡cuán distinto!  
Victima fué de la segur impia  
La selva que en gracioso laberinto  
Las laderas del término vestia.

El membrudo garzón de la labranza  
Abandona el fecundo ministerio  
A mujeres y ancianos sin pujanza  
De la codicia al riguroso imperio.

En el otro hemisferio  
Insegura riqueza solicita:  
Torna doliente ó viejo, cuando vivo;  
Y del caudal indiano en recompensa  
Halla los patrios campos sin cultivo  
Y los paternos lares sin defensa.

Mi corazón pregunta  
Con ansia y miedo por amigos techos...  
Sació su rabia en unos el estrago;  
De otros ya, en espiral, no se levanta  
Humo que figuró en el éter vago,  
De doméstica paz bandera santa.

Álzase en arco de maciza piedra,  
Sobre el camino, al pie de la colina,  
Mi hogar antiguo: junto al huerto aún medra,  
Con nobles cicatrices, vieja encina  
Que, cual reina, domina  
Sobre el mustio ropaje del contorno;  
Y allá, como un brocal de peña dura,  
Mana y desbordá cristalina fuente  
Que al arroyo vecino se apresura,  
No sé si melancólica ó riñente.

¡Salve, sacra mansión de mis mayores!  
Arrasados en lágrimas, mis ojos  
Contemplan tus ruinosos miradores;  
Y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.

En abrumante copia  
 Me asaltan los recuerdos: allá miro  
 El padre austero que al sumiso grupo  
 De la familia, ejemplo fué admirable:  
 Acá la santa madre, que hacer supo  
 El deber fácil, la virtud amable.  
 De los rudos patriarcas de la aldea  
 La abuela, con los nietos consentidos,  
 En las noches de invierno se rodea,  
 Al amor de la lumbre reunidos.  
 Tenaz repasa la memoria y nimia  
 Escenas de campestres emociones:  
 El gozo de la siega y la vendimia,  
 El entrojarse mazorcas y vellones;  
 Luego las impresiones  
 Profundas de domésticos pesares;  
 La eterna ausencia, la partida amarga,  
 Las ruinas que en mi mente reconstruyo...  
 Me asfixia este aire: el vértigo me embarga;  
 No puedo más; salgo, desciendo, huyo!...

¡Cuánta lúgubre historia!  
 ¡Cuánto mártir sin nombre! «Oh, patria, exclamo,  
 »¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica  
 »En extranjero altar á la fortuna!  
 »¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica  
 »Al pie del árbol que asombró su cuna!»

Sea término y corona de este capítulo el nombre tan justamente celebrado del más famoso de los contemporáneos, hijo glorioso de Santander, don Marcelino Menéndez y Pelayo. Entre los sabios que han difundido en España los trabajos de erudición y los buenos principios del arte literario, ha descollado entre los mejores. Sólo puede censurar en él la crítica, la animosidad con que juzga las ideas de los pensadores liberales, volviendo la vista al pasado, que tuvo mucho de perjudicial para el progreso y la ciencia en nuestra patria, y esto no es posible negarlo por más esfuerzos que se hagan y sutilezas que se empleen. «Error es afirmar — lo ha dicho el gran crítico D. Juan Valera — que un catolicismo intolerante y austero haya sido el germen fecundo de la grande y propia civilización española y pueda considerarse consustancial con ella.»

Como poeta le consideramos, desde luego, cual dignísimo representante y Maestro de los estudios y de la escuela clásica en nuestra Patria. Sus obras son siempre excelentes modelos, como las de Lista y las de don Leandro Fernández Moratín, por la corrección, elegancia, primor y nitidez del estilo.

Sus selectas traducciones de clásicos griegos y latinos son un prodigio; originales sus estudios sobre los traductores de Horacio, ampliados con exquisita novedad de juicios. Las versiones que ha publicado de poetas clásicos modernos, tienen encantos que seducen. Aun en sus poesías originales, si á las veces carecen de grandes arranques de inspiración, brillan constantemente con la pureza de la forma elegante, los atavíos preciados de una sobriedad galana y escogida.

Hemos de copiar algunas estrofas de la más bella de sus producciones como poeta: *La galerna del Sábado de Gloria*.



Puso Dios en mis cántabras montañas  
 Auras de libertad, tocas de nieve,  
 Y la vena del hierro en sus entrañas:  
 Tejió del roble de la adusta sierra  
 Y no del frágil mirto su corona.  
 Que ni falerna vid ni ático olivo,  
 Ni siciliana mies ornan sus campos,  
 Ni allí rebosan las colmadas trojes,  
 Ni rueda el mosto en el lugar hirviente.  
 Pero hay bosques repuestos y sombríos,  
 Misterioso rumor de ondas y vientos,  
 Tajadas hoces, y tendidos valles  
 Más que el heleno Tempe deleitosos,  
 Y cual baño de Náyades la arena  
 Que besa nuestro mar; y sus mugidos,  
 Como de fiera en coso perseguida,  
 Arrullo son á la gentil serrana  
 Amor de Roma, y espantable al Vasco,  
 Pobre y altiva, y como pobre hermosa.

Ni cien carros

De guerra hicieran tan horrible estruendo  
 En torno de Ilión, como esas olas  
 Cuando las peñas de Cantabria hieren.  
 Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,  
 En son de guerra y vencedor amago,  
 A renovar el memorable estrago  
 Que en la Pasión de su Hacedor movieron:  
 Por eso es hoy más íntima y solemne  
 La voz de las tormentas boreales,  
 Mayor su indignación, cuando arrostrarlas  
 Osa el mauchero de piedad desnudo:  
 ¡Ay! no verá la luz del patrio faro  
 Sobre el amigo cerro de la costa,  
 Cual mirada de Dios sobre sus hijos,  
 Ni su velera y triunfadora nave,  
 Al arribar, coronará de flores.  
 ¡Piedad, señor! Sienta tus iras sólo  
 Rota y hundida la soberbia quilla

Que oro y baldón conduce á estas arenas,  
 O el ferrado vapor, en cuyas venas  
 Corre savia de fuego. Allí la sangre  
 De nuestra raza va: sobre estos montes  
 Tendió la emigración sus negras alas.  
 Llora la esposa en el helado lecho,  
 Cabe el extinto hogar, llora la madre,  
 El campo desfallece sin cultura,  
 Y en tórrida región nuestros mancebos  
 Siega la muerte: ¡que más bien perezcan,  
 Ante las rocas del amado puerto,  
 Acariciados por maternas olas,  
 Do lleve el viento el son de las campanas  
 De la torre natal, á sus oídos!  
 Pero salva, Señor, el frágil leño  
 Del pescador que fatigado encuentra  
*Al fin de su pescar, la red vacía.*  
 Es hijo de aquel pueblo que en tardía  
 Cadena domeñó la ingente Roma.

Contéplalos luchar... ¡Vana esperanza!

Que ni en llanto de madres y de esposas  
 Las iras quebrará del Oceano,  
 Ni del hado la ley adamantina.  
 . . . . .  
 ¡Salvados, sí! Desde el salobre risco  
 De San Pedro del Mar, un sacerdote  
 Les dió la bendición...

Oye, noble ciudad, la luz de Cantabria;

Basta á cubrir las llagas de tu pueblo  
 Un trozo de tu regia vestidura:  
 Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides  
 Que esos del náuta sórdidos harapos,  
 De su viejo tugurio suspendidos,  
 Y por el vendabal y por los soles,  
 Y por el golpe de las olas rotos,  
 Te hicieron grande, poderosa y rica.